

CAPÍTULO II

2. Nacimiento y desarrollo del socialismo vasco entre 1890 y 1914

2.1. La adversidad de la organización socialista en el marco social y político del País Vasco finisecular

Desde finales del siglo XIX y comienzos del XX, paralelamente a la irrupción socialista, se va conformando en Bilbao una nueva relación de fuerzas caracterizada por su pluralismo, que se sustenta sobre tres vértices estrechamente vinculados a otras tantas personalidades. Una de ellas es Víctor Chávarri, representante de monarquismo conservador y de los intereses de la oligarquía vizcaína. Otra será Sabino Arana, al frente del emergente nacionalismo vasco. Por último, la de Facundo Perezagua como representante del socialismo. Este triángulo, que con el tiempo se extenderá a todo el País Vasco, supondrá la consolidación de tres culturas políticas muy distintas y de tres grandes bloques electorales bastante igualados, que serán protagonistas de la vida política hasta el estallido de la Guerra Civil en 1936.

Sin embargo, los primeros pasos del socialismo en el País Vasco fueron especialmente duros y se limitaron durante mucho tiempo al ámbito estrictamente vizcaíno. La penetración del socialismo en el País Vasco se produjo en una complicada situación social, política y económica que no puede desligarse del contexto nacional en que se desarrolló. El incipiente movimiento obrero español se había comenzado a organizar pocos años atrás en el marco de la Asociación Internacional de Trabajadores, que aparecía ya afectada desde su origen por la división y el enfrentamiento entre el socialismo marxista y el anarquismo impulsado por Bakunin desde Suiza⁴⁴. La sección española de la A.I.T. nació en su pri-

44. A partir de 1871 en el seno de la AIT se planteó abiertamente el enfrentamiento entre los marxistas y anarquistas o bakunistas, a lo que siguió un corto periodo de congresos de ambas tendencias hasta cristalizar en la ruptura en La Haya y Saint Imier en 1872.

mer congreso constituyente de Barcelona en 1870 y reprodujo desde su inicio las diferencias entre anarquistas, con una cierta implantación en Cataluña y Andalucía, y marxistas, reducidos prácticamente en sus orígenes a Madrid, cuna del socialismo español⁴⁵, bajo la atenta y temerosa mirada de una burguesía alarmada tras los sucesos revolucionario de la Comuna de París. Pero, además, el incipiente movimiento obrero español tuvo que competir con otras fuerzas políticas que cosechaban importantes apoyos entre las clases populares, como el republicanismo federal. Una situación especialmente complicada, sobre todo, por las tensiones derivadas de los intereses divergentes de la escena política y social española, la oposición eclesiástica, la atonía económica y los efectos de la insurrección carlista en 1872.

El recorrido final del Sexenio dio paso, tras la experiencia frustrada de la I^a República, a la restauración de la monarquía borbónica en la persona del joven Alfonso XII. El líder del conservador Antonio Canovas del Castillo, ideólogo y estratega de un modelo oligárquico apoyado en la gran burguesía propietaria y refrendado con la constitución de 1876, restringió, además, los derechos electorales y alejó al Estado de toda intervención en las cuestiones sociolaborales y desplegó una dura represión contra el republicanismo y el asociacionismo obrero hasta 1881.

En este complicado contexto el socialismo español será liderado por un hombre que tendrá una importancia determinante en su evolución, un tipógrafo ferrolano llamado Pablo Iglesias. Su presidencia de la “Asociación del Arte de Imprimir” fue fundamental para que en ésta sobreviviera en plena clandestinidad el inicial núcleo marxista integrado en la Primera Internacional. En 1879 un pequeño y variopinto grupo, formado por tipógrafos, como el propio Iglesias o García Quejido, obreros joyeros, marmolistas e intelectuales, como el doctor Jaime Vera, constituyeron en una fonda de la Calle Tetuán de Madrid el Partido Democrático Socialista Obrero Español⁴⁶. A este primer embrión, que dará lugar a la Agrupación Socialista Madrileña, se incorporará poco más tarde un hombre decisivo en el desarrollo del socialismo vasco, el toledano Facundo Perezagua⁴⁷.

La dedicación de estos primeros grupos de activistas y una cierta permisividad por parte de las autoridades durante el gobierno de Sagasta, hicieron que el asentamiento y extensión de los grupos socialistas en diversos núcleos del Estado fuera una realidad en pocos años. No obstante, las acciones colectivas de carácter rei-

45. El inestimable apoyo del yerno de Marx, el francés Paul Lafargue, fue clave para la introducción del marxismo en España, pasando a ser un referente fundamental en los primeros tiempos del socialismo en España junto a otro teórico de la misma nacionalidad, Jules Guesde, que influyó en gran medida en sus pautas ideológicas. Los primeros contactos con ambos, así como con Marx y Engels fueron iniciados por José Mesa.

46. En la reunión había 16 tipógrafos, 2 obreros joyeros, 1 marmolista y 5 intelectuales, constituyéndose el Partido Democrático Socialista Obrero Español. TUÑÓN DE LARA, Manuel: *El movimiento obrero en la Historia de España*, Sarpe, Madrid, 1985, p. 240.

47. Véase IBÁÑEZ ORTEGA, Norberto y PÉREZ PÉREZ, José Antonio: *Facundo Perezagua. El primer líder obrero de Bizkaia (1860-1935)*, Bilbao, Fundación BBK, 2004.

vindicativo todavía eran consideradas potencialmente delictivas y la pena de cárcel era el destino seguro para sus líderes. Éste fue el caso de Pablo Iglesias, con motivo de la exitosa huelga promovida por la Asociación del Arte de Imprimir, que le supuso ser detenido sucesivamente con otros compañeros de su Junta Directiva e ingresar en la recién estrenada cárcel Modelo en 1884.

El gobierno de la efímera izquierda liberal de Posada Herrera, creía en la posibilidad de integración de las reivindicaciones obreras en un supuesto programa reformista de carácter conciliador entre capital y trabajo y creó la Comisión de Reformas Sociales, que impulsó de algún modo el lanzamiento y protagonismo de los socialistas⁴⁸. Las reuniones se celebraron en el Paraninfo de la Universidad Central de Madrid entre octubre de 1884 y enero de 1885 bajo la presidencia del liberal Segismundo Moret y con presencia de diversas entidades obreras y burguesas. Las organizaciones socialistas enviaron a sus mejores cuadros y presentaron también amplias ponencias con un tono reivindicativo y de denuncia. El plantel de intervenciones fue amplio con la presencia de Pablo Iglesias, Jaime Vera, Antonio García Quejido, Matías Gómez Latorre y Facundo Perezagua. Conviene destacar el alegato que hizo Pablo Iglesias sobre los objetivos de su programa político, así como el amplio informe preparado por el doctor Vera de especial relevancia por su contribución teórica desde la perspectiva marxista.

El toledano Facundo Perezagua destacó algunos de los abusos sufridos en las cooperativas de entonces. Poco después de concluidas las sesiones Perezagua lideró una importante huelga en la empresa donde trabajaba, la histórica “Platería Meneses”, motivada por la implantación del trabajo a destajo. A partir de ese momento quedó marcado entre los patronos de la capital y fue despedido de otras empresas donde trató de encontrar trabajo. Todo parece indicar, según su propio testimonio, que fue el propio Pablo Iglesias quien le aconsejó que se dirigiera a Barcelona, pero un amigo suyo, el zapatero Solano, le convenció de que se desplazara a Bilbao en donde encontraría trabajo⁴⁹. Otros muchos militantes se verán abocados a una situación similar. Poco meses después quedaron numerosos tipógrafos sin trabajo, al ser incluidos en las *listas negras* que circulaban por la patronal madrileña. Un importante grupo de activistas debió recalcar en otros lugares e integrarse en sociedades de oficio locales e incluso crear otras nuevas, contribuyendo a extender el movimiento socialista. Este sería el caso, al año siguiente, de

48. La Comisión debía cubrir un amplio ámbito de cuestiones a este respecto. Éstas se referían a jurados mixtos, cajas de retiros y seguros para enfermos e inválidos del trabajo, condiciones de trabajo de mujeres y niños, higiene y seguridad en los talleres, crédito agrícola, sociedades de socorros mutuos y cooperativas, así como sobre la vivienda obrera. Sin embargo, tenía que culminar en un Congreso nacional con representación del capital y del trabajo, que no llegó nunca a realizarse. Durante los siguientes años continuó lentamente con su labor interviniendo en la preparación de los primeros proyectos de legislación social. Finalmente, su institucionalización daría lugar en 1903 al Instituto de Reformas Sociales.

49. Según el periodista, escritor y político socialista bilbaíno Julián Zugazagoitia era Perezagua quien tenía interés en desplazarse a Barcelona, disuadiéndole Iglesias, ya que García Quejido había expresado su intención en ir a la capital catalana. ZUGAZAGOITIA, Julián: *El asalto*, Club de estudio y debate Julián Zugazagoitia, Bilbao, 1991, p. 21-22.

García Quejido, que marchó a Valencia y después a la ciudad condal. Pablo Iglesias precariamente pudo mantenerse en la capital como director de una de sus mayores ilusiones, el semanario *El Socialista*.

En abril de 1885 Facundo Perezagua llegó a la capital bilbaína colocándose en la fundición de Francisco Aguirre Sarasúa. En aquellos momentos, la capital vizcaína y toda la margen izquierda de la ría del Nervión, como ya hemos apuntado, vivían un enorme proceso de transformación promovido por la explosión de la actividad minera y siderúrgica. Sin embargo, la enorme masificación de la mano de obra y las penosas condiciones de vida y trabajo que soportaban no habían dado lugar a protestas mínimamente organizadas. Carentes de organización y de cualquier liderazgo, los trabajadores se hacinaban en los barracones de las minas de Triano y en los barrios obreros de la margen izquierda del Nervión y del propio Bilbao. La organización obrera se limitaba a unas pocas sociedades de socorros mutuos, y tal y como escribió en su novela, *El asalto*, Julián Zugazagoitia...

(Vizcaya) “era en toda la extensión de su perímetro, un paraíso terrenal, una dulce arcadia, que ejemplarizaba con la cordialidad del capital y del trabajo, caritativo y paternal aquél, manso y resignado éste. Perezagua cambió el propósito... portador de singular manzana de la discordia”.

Los primeros pasos del socialismo vizcaíno se dieron a partir de algunas sociedades que sirvieron de plataforma de lanzamiento de sus ideas, como fue el caso de “La Artesana”, donde comenzó a fomentarse y difundirse la lectura de “El Obrero”, una publicación editada en Barcelona que fue el único periódico socialista hasta la aparición del madrileño *El Socialista* en 1886⁵⁰. Este primer núcleo de socialistas estaba compuesto, entre otros, por Aldaco, los hermanos Carretero y Nicanor Sánchez, a los que se incorporó el recién llegado Facundo Perezagua. Su labor se centró en esos momentos, primero, en la edición y reparto de pequeños panfletos y poco más tarde, a partir de 1886 en la distribución de “El Socialista”⁵¹. Las primeras reuniones se celebraron en la calle Marzana, en el domicilio del propio Perezagua, desde donde fueron emprendiendo la difícil vertebración política y sindical en las zonas fabril y minera en un contexto de desmovilización laboral, dominado, además por el férreo control político local del clientelismo de los partidos dinásticos. El 11 de julio de ese mismo año se constituyó la Agrupación Socialista de Bilbao, cuyo comité, tras la aprobación de su reglamento, quedó constituido por el zapatero José Solano, Miguel Lapresa, el tipógrafo Federico Ferreirós y Leodegario Herboso y el fundidor Facundo Perezagua⁵².

50. Aunque el primero representaba la tendencia específica del socialismo moderado catalán, liderado por la sociedad de *Las Tres Clases de Vapor*, los socialistas de base marxista colaboraron en su difusión.

51. Tal y como describiría años más tarde el propio Facundo Perezagua en “Perezagua se decide por el sindicalismo”, *El Liberal*, idem.

52. MERCADAL Y ALONSO, Juan Bautista: *El movimiento obrero en Vizcaya*, Tipográfica Popular, Bilbao, 1905, p 6.



Comité Provincial del Sindicato Obrero Metalúrgico de Vizcaya (SOMV) hacia 1933.

Al poco tiempo de constituirse alquilaron una pequeña lonja en la calle Laguna de la capital vizcaína y emprendieron las primeras incursiones en la zona minera con unos resultados ciertamente desalentadores, como se desprende del contenido de las propias declaraciones de los implicados.

“Cuando creímos que había llegado el momento de recoger los frutos de esta propaganda, convocamos a una reunión que debía de celebrarse en Ortuella; pero ocurrió que a la hora señalada en la convocatoria, solo habían acudido tres obreros. No era cosa de que ocupáramos la tribuna para predicar ante auditorio tan numeroso, y decidimos platicar de sobremesa. ¡Una comida de propaganda!, como si dijéramos. Recuerdo que uno de los tres concurrentes había pertenecido a la Internacional, y ocioso es decir que nos ayudó eficazmente en nuestras propagandas⁵³.

53. “Perezagua se decide por el Sindicalismo” y “Declaraciones de Perezagua. El pleito de los Socialistas”. *El Liberal* de diciembre de 1914.

Pese a todo, en diciembre de ese mismo año decidieron abrir la primera agrupación socialista en la localidad de Ortuella, que terminó cerrando por la falta de actividad y asistencia poco más tarde, algo que los socialistas achacaron a la presión de los patronos de las minas. Sin embargo, en 1890 la agrupación volvió a reabrirse y esa vez su actividad fue mucho más importante y estable. Hasta convertirse en todo un símbolo del socialismo en la zona minera. La ayuda de otros propagandistas como el librero ambulante Eduardo Varela y el comerciante de telas y quincalla Facundo Alonso, serán determinantes durante estos primeros años.

La organización sindical era muy débil en estos primeros tiempos, y lo seguiría siendo hasta los convulsos años de la Primera Guerra Mundial. La primera sociedad de resistencia fundada por Facundo Perezagua en la capital vizcaína consiguió burlar durante un tiempo el control de las autoridades bajo la apariencia de una tímida sociedad de socorros mutuos. Se reunía en la Escuela de Artes y Oficios, adoptó el nombre de *La Solidaridad*, y se dedicó a los trabajadores del hierro y demás metales⁵⁴.

Estas primeras organizaciones de oficio se vieron condicionadas por la falta de tradición organizativa del proletariado vizcaíno, pero también por la inmediatez de sus objetivos, su estructura gremial, la represión patronal e incluso el control paternalista y selectivo del personal en algunas empresas, como en el caso de *La Vizcaya*. Estos últimos factores explicarían la derrota en el conflicto desatado por los obreros del taller de ajuste y calderería de dicha planta siderúrgica en enero de 1890, al reclamar la reducción de treinta minutos en la jornada de once horas. De hecho, la escasa afiliación y su carácter coyuntural conllevaron la desaparición de algunas de las sociedades constituidas tras la inauguración del centro obrero en Bilbao, tal y como terminó pasando con *La Solidaridad*⁵⁵. Por todo ello los dirigentes de este primer socialismo trataron de reforzar una estructura única de las secciones sindicales y agrupaciones del partido que representara a los trabajadores. La Federación Obrera de Bilbao propuso la integración de las secciones sindicales de la UGT dentro el PSOE en el IV Congreso de 1894 en Madrid, aprovechando la preponderancia que los dirigentes socialistas vizcaínos mantenían en el sindicato, la proximidad de ambas organizaciones y el propio contexto de la zona, donde el partido había asumido en las poblaciones mineras el papel de las sociedades de resistencia. Sin embargo, y a pesar de los argumentos de los vizcaínos, terminó predominando la línea de Iglesias a favor del mantenimiento formal de la UGT como entidad plural e independiente que debía centrarse exclusivamente en la mejora de las condiciones del trabajo.

Los propagandistas obreros no desistieron en sus esfuerzos y poco a poco se fue estableciendo en la zona minera un sólido foco socialista gracias al progresivo

54. *Ibidem*.

55. FUSI, Juan Pablo: *op. cit.*, p. 74-81.

calado que fueron teniendo sus ideas entre los trabajadores. Pero tal y como veremos en el siguiente capítulo, será el estallido de un conflicto sin precedentes en la historia de la zona, la huelga de 1890, el que inaugure de algún modo el comienzo de una etapa agitada en la historia del movimiento obrero estrechamente ligado a la extensión y penetración del socialismo. En un contexto marcado por las duras condiciones de trabajo, la intransigencia de los patronos y la falta de mecanismos de resolución de conflictos, la huelga terminará erigiéndose en instrumento, no como un fin en sí misma, sino como un paso previo a la negociación. Frente a la política defendida por Pablo Iglesias, esta estrategia, desplegada hasta 1910 a lo largo de cinco huelgas generales e innumerables huelgas parciales, se revelaría efectiva, y encumbraría a Perezagua como la figura indiscutible del obrerismo vizcaíno durante esta primera época.

Este primer socialismo destacó por su carácter combativo, fajado más en las luchas obreras que en la acción política. A falta de una tradición sindical en la zona, tan sólo el compromiso de los líderes locales podía garantizar la presencia y desarrollo del socialismo con el apoyo obrero. El escritor Ramiro de Maeztu describiría de una forma precisa la situación:

“El socialismo bilbaíno no cuenta en sus filas ningún intelectual... ¿Para qué?. En la brega frente al capataz que les maltrata, frente al contratista que les obliga a surtirse en su tienda, frente al patrono que les merma el salario, no necesitan aquellos obreros cerebros superiores que edifiquen en párrafos soberbios la “Ciudad del Buen Acuerdo”, sino hombres decididos que endurezcan su valor y les arrastren a la lucha”⁵⁶.

Y si las dificultades fueron grandes en las dos últimas décadas del siglo XIX para la implantación del socialismo en una zona como Vizcaya, con una importante masa de trabajadores, lo fue mucho más en los otros dos territorios. Entre los meses de mayo a julio de 1890 la prensa guipuzcoana reflejaba los esfuerzos de los socialistas y de los sectores próximos a los anarquistas por crear un círculo obrero en San Sebastián, en medio, además, de importantes divergencias internas entre ambos grupos que hicieron más difícil aún cualquier intento en este sentido⁵⁷. De hecho, las agrupaciones que se formaron en 1891 en Tolosa y San Sebastián no llegaron a consolidarse⁵⁸.

56. MAEZTU, Ramiro de: “Las minas de Bilbao”, *Vida Nueva*, 30 de abril de 1899.

57. Como se desprende de la prensa de la época, especialmente a través de “La Libertad”, días 6, 7 y 29 de mayo de 1890 y “La voz de Guipúzcoa” del 21 de mayo y 3, 11, 13, 29 y 30 de julio del mismo año, donde se constata una intensa polémica entre obreros socialistas y anarquistas con motivo de una huelga donde participan los trabajadores de la construcción del Palacio Miramar de San Sebastián.

58. Castells, Luis: *Los trabajadores en el País Vasco (1876-1923)*, Madrid, Siglo XXI de España Editores, S. A., 1993, p. 13 y BARRUSO, Pedro: “El origen del socialismo en Guipúzcoa (1871-1923)”, en Pedro Barruso et al.: *Cien años de socialismo en Tolosa, 1891-1991*. Zarautz, 1991, destaca la aparición en 1871 de un primer Manifiesto en San Sebastián dirigido a los “Trabajadores de San Sebastián y sus hermanos obreros de esta provin-

En realidad, como ha señalado Luís Castells, los trabajadores se fueron adhiriendo a unas opciones sindicales u otras dependiendo de las distintas referencias ideológicas (y de las diferentes tradiciones laborales), que se dieron en cada zona, lo que supuso un panorama diverso y plural, con realidades y situaciones muy diferentes⁵⁹. En este sentido cabe destacar, por ejemplo, la peculiaridad del desarrollo del movimiento obrero y del socialismo en localidades como Azcoitia o Eibar. Así, en la primera de ellas, donde predominaba una economía agrícola, pero también donde existía una actividad industrial de una cierta envergadura, como la alpargatera, con un importante sector de trabajadores “de factoría” y “a domicilio”, la situación política aparecía a finales del siglo XIX y primeros años del XX, dominada por los integristas, a larga distancia de los nacionalistas y los carlistas, es decir, por unas opciones estrechamente vinculadas al tradicionalismo. Todo ello, unido al estrecho control ejercido por los caciques locales durante el periodo de la Restauración, con importantes intereses industriales, incidió directamente en la organización de los trabajadores y en definitiva, en la evolución del movimiento obrero. En este contexto surgieron diversos círculos católicos al servicio de los intereses de la burguesía local, con un carácter mutualista y paternalista⁶⁰, que contribuyeron decisivamente a dibujar una situación de paz social, tan sólo rota ocasionalmente por algunas protestas aisladas de carácter gremialista que no respondían exactamente a un “conflicto de clase”, como el ocurrido en Vergara en 1890⁶¹.

Sin duda alguna, fue Eibar la localidad donde el socialismo arraigó con una mayor fuerza dentro de este territorio, y donde tuvo un desarrollo que le dotaría con el tiempo de unas señas de identidad propias, más *vasquistas* y reformistas, frente a sus vecinos y correligionarios vizcaínos. En realidad, la evolución del socialismo en la villa armera vino determinada por las propias características de su proceso de modernización e industrialización y por la pervivencia de una tradición liberal republicana. Ésta se hizo patente tras el final de la segunda guerra carlista y favoreció de algún modo el desarrollo de las ideas progresistas y democráticas, sobre todo de las republicanas en un primer momento, y después de las socialistas. Sin renunciar a la lucha de clases, los socialistas eibarreses asu-

cia”. Dos años más tarde, en diciembre de 1873 se constata la presencia de una sección de la AIT en Tolosa, como la primera referencia documental a la existencia de una cierta organización obrera en la villa y en el resto de la provincia, tras la desaparición en 1872 de la sección de San Sebastián, probablemente adscrita a la línea anarquista que adoptó la Iª internacional en la Región Española. Para una aproximación al desarrollo en otras localidades guipuzcoanas, véase también PUCHE MARTÍNEZ, Aitor: “Unidad y Cultura” en: *Cien años de socialismo en Irún (1901-2001)*. Publicación de la sociedad de Estudios Luis de Urantzu Ikerlanak, Estudios V, Irún, 2001 y FUNDACIÓN ALZATE: *Socialismo donostiarra, cien años de historia*. San Sebastián, 1992.

59. Castells, Luis, op.cit.: *Los trabajadores...* op.cit.

60. En 1895 existía ya constancia de la presencia de una Asociación de Obreros Católicos de Azcoitia y que tenía su centro en San Sebastián, inscrita probablemente en 1900 como Sociedad de Socorros de Obreros Católicos del Purísimo Corazón de María, y poco más tarde, en 1905 apareció registrado ya el Círculo Católico del Sagrado Corazón de Jesús.

61. Como consecuencia de la protesta que protagonizaron los alpargateros de Vergara, 300 trabajadores de este sector se manifestaron por las calles de Azcoitia reclamando un aumento de jornal y la rebaja de los derechos de consumos; una protesta que encajaba dentro de una mentalidad gremialista y corporativa más propia de una sociedad precapitalista.

mieron también esa tradición y la fueron canalizando en una expresión ideológica con un marcado carácter reformista y democrático, que, además, entroncaba con otra tradición no menos importante, como la forjada a través de los artesanos y los trabajadores de oficio. La pervivencia de los valores e ideales artesanales, desarrollados y transmitidos mediante estos trabajadores, contribuyó decisivamente a impulsar y fortalecer una determinada cultura basada en la solidaridad colectiva y en una afinidad de clase capaz de superar las posibles diferencias que pudieran existir entre los distintos oficios.

Habría que esperar hasta finales del siglo XIX y comienzos del XX para localizar un movimiento de cierta entidad en torno a las sociedades de resistencia en esta provincia, que van a ser impulsadas por los socialistas⁶². Las sociedades, que agrupaban a los trabajadores de un mismo oficio, formaban a su vez en una misma localidad una Federación Local de Sociedades Obreras, que durante los primeros años se limitaron a la capital y a la villa armera de Eibar. Entre 1899 y 1902 los trabajadores de los distintos oficios constituyeron en San Sebastián sus propias sociedades, llegando a reunir en este último año, durante la celebración del Segundo Congreso de Federación Local de Sociedades Obreras en San Sebastián, a 1099 afiliados⁶³. Sin embargo, como ocurriría en el resto del país, la afiliación descendió a partir de 1905, recuperándose después de 1910. Un ejemplo muy claro de esta tendencia se observó en Tolosa y Rentería. En la primera localidad la Sociedad de Oficios Varios de fundó en 1901, y debió de tener una vida bastante anodina, al menos hasta 1911, cuando se creó una Asociación Obrera. Algo similar ocurrió en Rentería, una localidad con una importante tradición mutualista⁶⁴, donde se creó en 1904 la Sociedad de Oficios Varios, que se disolvió posteriormente y se volvió de nuevo a constituir en 1910⁶⁵.

Por lo que respecta al ámbito político, el PSOE tan sólo consiguió tener una presencia apreciable en los ya citados núcleos de San Sebastián y Eibar, donde se

62. Pedro Barruso sitúa el año de 1897 como el de la reaparición del socialismo como un movimiento obrero organizado en Guipúzcoa, sobre todo a raíz de la campaña de protesta impulsada por los socialistas vizcaínos por la anulación de la elección de tres concejales socialistas en las elecciones municipales de 1897, lo que dio lugar a la creación de agrupaciones socialistas, con la refundación de la de San Sebastián, presidida por Leandro Carro y la creación de la de Eibar, presidida por José Beascochea. Véase a este respecto BARRUSO, Pedro: op. cit., pag. 24, EGUIGUREN, Jesús: *El PSOE en el País Vasco, 1876-1936* op. cit., y *la Lucha de Clases*, de 8 de junio de 1901 y febrero de 1902.

63. Véase a este respecto la *Lucha de Clases*, 6 de diciembre de 1902.

64. Hay que recordar como con el fin de cubrir en parte la carencia de seguros oficiales los obreros habían ido agrupándose en sociedades de carácter mutualista o de socorros mutuos, que trataron de garantizar el cobro de ayudas en casos de enfermedad o defunción. Así se creó la "Protectora liberal" en 1894, a la que se le unieron otras nuevas promovidas por agrupaciones políticas, como la nacionalista "Erederiko Euzkotarren Anaitasuna" en 1908, la "Fraternidad Republicana" en 1909, la carlista "La Flor de Lis" en 1916 o la socialista "La Humanidad del Porvenir", en 1911. Hubo otras de origen empresarial, como la de los obreros de la "Ibérica", surgida en 1894, de carácter religioso, como el "Círculo de obreros Católicos", e incluso independientes, como "Lagun Taldea", en 1903 o "La Economía del obrero", de 1911, cit. por LUENGO TEIXIDOR, Félix: "Los comienzos del siglo XX (1903-1931)", en VV.AA.: *Historia de Rentería...* op. cit. p. 237.

65. Véase a este respecto Archivo Municipal de Rentería, sección B, negociado 7, libros 1 y 3, citado también en Castells, L.: op. cit. p. 19.

constituyeron sendas agrupaciones en 1897 –en el caso de la villa armera a raíz de la huelga que tuvo lugar en la fábrica de los hermanos Quintana⁶⁶–, que fueron seguidas en 1901 con la formación de las correspondientes a las localidades de Placencia de las Armas e Irún y un año más tarde, en 1902, la de Tolosa.

Muchos más problemas aún tendría en socialismo en Alava, o para ser más exactos en Vitoria. La ciudad, que a la altura de 1870/80 apenas contaba con 25.000 habitantes, constituía por sus propias peculiaridades sociales, políticas y económicas, y especialmente por la escasa presencia de población obrera, un terreno muy poco propicio para la extensión y desarrollo del asociacionismo obrero, como ha estudiado Antonio Rivera. Ni siquiera la presencia de algún destacado internacionalista, como Anselmo Lorenzo, amigo del pintor vitoriano Manuel Cano, con quien constituyó la primera y efímera Federación local de la AIT en 1872, consiguió activar la organización del asociacionismo obrero. Un año después la citada federación había desaparecido y habría que esperar hasta finales del siglo XIX para asistir a la primera experiencia asociativa mínimamente estable. Entre 1897 y 1904 se pusieron en marcha diferentes sociedades de oficios (de carpinteros, albañiles, canteros, panaderos, etc), llegando incluso a extenderse por otras localidades como Araya o Labastida⁶⁷. Un destacado observador de la realidad vitoriana de la época, como Tomás Alfaro, contaba cómo a finales del siglo XIX había ya comenzado a dejarse notar la presencia en la ciudad de un primer núcleo de socialistas⁶⁸, en el que probablemente se encontraban ya algunos dirigentes como Eusebio Merino, Benito López y Jorge Fernández⁶⁹. Algunos de los propagandistas más importantes del socialismo español, como el Secretario General de la UGT Antonio García Quejido o el propio Pablo Iglesias, –a los que también se sumaron los socialistas vizcaínos Hipólito Villanueva o Facundo Perezagua– pasaron durante estos primeros años por Vitoria y consiguieron concitar la atención de un numeroso público en mítines y actos similares. Se trata aún de una época, como ocurrirá en otros muchos sitios, donde las agrupaciones socialistas y las sociedades de resistencia conviven en el mismo local, coincidiendo también los dirigentes del partido y de los centros obreros.

2.2. La peculiaridad del conflicto como arma de negociación: Las primeras huelgas mineras en Bizkaia (1890-1910)

La explosión de la primera huelga obrera de 1890 marcó el arranque de un periodo definido por una intensa conflictividad social que se extendió hasta 1911⁷⁰.

66. Véase a este respecto ECHEVARRÍA, Toribio: *Viaje por el país de los recuerdos*, México, 1968, p. 25.

67. Para todo este proceso en Vitoria véase RIVERA BLANCO, Antonio: *Situación y comportamiento de la clase obrera en Vitoria (1900-1915)*, Bilbao, UPV, 1985, especialmente las páginas 133-175.

68. ALFARO, Tomás: *Una ciudad desencantada: (Vitoria y el mundo que la circunda en el siglo XX)*. Diputación Foral de Álava, Vitoria, 1987, p. 86.

69. EGUIGUREN, Jesús María: pp. 32 y ss.

70. La etapa ha sido denominada como “militante” o de “guerra sin cuartel” del socialismo vizcaíno. Ambos conceptos fueron utilizados respectivamente por las obras citadas de Juan Pablo Fusi e Ignacio Olabarri.

La extremada dureza de la conflictividad laboral durante esta primera época pondrá de manifiesto, no sólo la inexistencia de unos determinados cauces de negociación dentro del mundo laboral, sino la importancia de las enormes transformaciones que se están produciendo en el país, donde comienza a alumbrarse una nueva sociedad de masas y donde van a incorporarse nuevas fuerzas políticas y sociales.

Como ya se ha comentado, las duras condiciones de vida y trabajo no habían dado lugar durante los primeros años a protestas significativas que hiciesen presagiar el calado de la explosión huelguística que se iba a desatar a partir de 1890. Sin embargo, el anuncio por parte de los socialistas de la celebración del Primero de Mayo de ese año, donde reclamaban la jornada de trabajo de ocho horas y una legislación laboral protectora, alarmó a los empresarios⁷¹, sobre todo cuando consiguió convocar en las calles de Bilbao a miles de trabajadores, encabezados por un líder como Facundo Perezagua que anunciaba la llegada de la “revolución social” y de la “huelga universal”⁷². La detención de cinco miembros de la Agrupación Socialista de La Arboleda hizo que el conflicto se extendiera rápidamente por la zona. Pocos días más tarde, el 14 de mayo, las autoridades militares asumieron el mando de la provincia y declararon el estado de sitio. Los detenidos, entre ellos el propio Perezagua, redactaron un documento público donde recogieron las principales reivindicaciones obreras: la readmisión de los despedidos, el establecimiento de la jornada laboral de diez horas, la supresión de los trabajos a destajo, los barracones y las cantinas obligatorias. La intervención del general Loma, favorable a la aceptación de algunas reivindicaciones de los obreros, obligó a los patronos a ceder, restableciéndose el orden poco después. La huelga terminaba así con una victoria para los mineros, a pesar de que sus reivindicaciones tan sólo serían aceptadas parcialmente.

Sin embargo, los efectos del conflicto marcarán toda una época salpicada de fuertes enfrentamientos sociales que repetirá, con sensibles diferencias, una serie de rasgos comunes con tres aspectos fundamentales: Primero, la utilización de la violencia por parte de los huelguistas como un mecanismo capaz de forzar la negociación. Segundo, la intervención del ejército como mediador, favorable incluso a los intereses de los trabajadores (Loma en 1890, Zappino en 1903 y Aguilar en 1910)⁷³. Y tercero, el papel desarrollado por las agrupaciones socialistas locales como repre-

71. Con ello, los socialistas vizcainos hacían suyas las reivindicaciones aprobadas en el Congreso Internacional Obrero de París. La praxis sindical con la constitución y desarrollo de la UGT, la participación electoral a partir de 1890, la consecución de objetivos inmediatos y la falta de un apoyo masivo al socialismo, conllevarían el abandono progresivo de la perspectiva revolucionaria a corto plazo. La inflexión del movimiento socialista aparece a partir de la celebración del Primero de Mayo de 1890. PÉREZ LEDESMA, Manuel: *El obrero consciente*, Alianza Universidad, Madrid, 1987, pp. 178-179.

72. *El Socialista*, Mayo de 1890.

73. Por un lado, las autoridades trataron que dichos conflictos no tuvieran derivaciones revolucionarias que pusieran en peligro el sistema vigente. Por otro, la reiterada oposición patronal a su intervención no sólo respondía al temor de un reconocimiento oficial a la representatividad socialista, sino también a una oposición política conservadora contra los gobiernos liberales anticlericales vigentes en aquellos momentos. De ahí que en la estrategia socialista hubiera un interés en forzar la intervención militar. MIRALLES, Ricardo: “Vizcaya en huelga: mayo de 1890 en las minas”, en *Historia de los montes de hierro (1840-1960)*, Museo Minero, Bilbao, 1990, pp. 30-31.

sentantes reales, aunque no legales, de los trabajadores de las minas. Estos elementos dibujaron un peculiar marco de relaciones laborales donde este primer socialismo, el de Perezagua, tuvo un protagonismo decisivo.

De este modo, la huelga de mayo de 1890 fue fundamental en el desarrollo del movimiento obrero y en la difusión y penetración del socialismo en Bizkaia, a pesar de no conseguir un incremento sustancial en sus organizaciones. En el mes de agosto se realizó en Bilbao el II Congreso del PSOE, donde se adopta la decisión de celebrar anualmente en el primero de mayo una manifestación que reclamará de los poderes públicos la legislación protectora del trabajo, tal como fue acordada en el Congreso de París, a la vez que consagra a la provincia como uno de los focos con más futuro del socialismo español.

Pero la victoria de los trabajadores en la huelga de 1890 fue efímera. Los acuerdos alcanzados al final de la huelga con el general Loma fueron rápidamente incumplidos por los patronos. Un año más tarde los empresarios vizcaínos reunidos en la sede del Círculo Minero acordaban el nombramiento de una comisión con plenos poderes para negociar con las autoridades civiles y militares en caso de conflicto y mantener el orden en las minas y los centros de trabajo⁷⁴. El acuerdo avalaba algunas de las decisiones adoptadas durante las últimas semanas encaminadas a controlar y reprimir a los posibles cabecillas del naciente movimiento obrero vizcaíno. El Primero de Mayo de 1891 se produjo una nueva movilización. Los patronos negaron cualquier representatividad a los líderes obreros (Perezagua, Alonso y Varela) y despidieron a algunos de los más destacados miembros de la Agrupación de Las Carreras. La extensión de las movilizaciones al corazón obrero de Bilbao, los “barrios altos” donde se hacinaban miles de familias, fue determinante en la capacidad de penetración de los socialistas. El 31 de mayo de 1891 los vecinos de estos barrios se enfrentaron en masa con la fuerza pública para impedir la detención de Facundo Perezagua y Cenón Ruiz. La reacción, que por momentos adoptó el carácter de verdadero motín, relanzó la popularidad y el creciente apoyo social que los líderes socialistas tenían entre la masa obrera.

A lo largo de todo este proceso los trabajadores y sus líderes más radicales percibieron la utilidad de un instrumento como la huelga, mucho más efectiva a corto plazo que el afianzamiento de una organización estable. En esta situación Perezagua se fue erigiendo como un líder carismático dentro del movimiento obrero de la provincia, marcando una impronta personal por sus posiciones beligerantes contra la patronal.

Ahora bien, todo parece indicar que las turbulentas huelgas que se produjeron entre 1890 y 1910 no respondieron únicamente a la participación de líderes radicales ni a las duras condiciones laborales⁷⁵. Fue la acumulación y combinación de

74. Véase a este respecto LESEDUARTE, Pilar: op.cit., p. 61.

diversas circunstancias las que dieron lugar a una conflictividad especialmente violenta. El tipo de trabajo, las características del proletariado, la inexistencia de cauces de resolución de conflictos, la intransigencia de los empresarios, el papel jugado por los diferentes gobiernos o la propia debilidad del movimiento obrero, –disperso, desunido y escasamente organizado–, consolidaron la huelga violenta como medio de presión⁷⁶. Una estrategia contradictoria con la línea de moderación y excepcionalidad en su empleo recogida en los estatutos de la UGT⁷⁷. En este contexto, Facundo Perezagua iba a ser capaz de impulsar una organización política y sindical e influir de forma determinante en la movilización de las masas obreras.

La identificación en este primer socialismo entre la acción política y la acción sindical resultó decisiva. Fueron las propias agrupaciones socialistas y no las sociedades obreras (antecedentes de los sindicatos, surgidos como tales hacia 1910) quienes lideraron las primeras movilizaciones y protestas de los trabajadores y negociaron directamente las condiciones laborales. Esta circunstancia hizo que la mayor parte de la clase obrera –y muchos de los propios dirigentes socialistas– percibieran durante estos primeros años ambas acciones, la política y la sindical, de una manera indisoluble.

Sin embargo, las huelgas de 1910 y 1911 también marcaron un cambio muy importante. Entre julio y septiembre de 1910 se desató uno de los conflictos más violentos y complejos de cuantos tuvieron lugar en la zona minera. Su finalidad fue la de reducir la jornada de trabajo establecida por el pacto de Loma. La Comisión de Huelga no dudaba de la firmeza de su postura ofensiva al señalar que “*la huelga es una guerra, y en la guerra, aquel que ataca elige el momento de hacerlo*”⁷⁸. La neutralidad del ejército y el sorprendente apoyo que encontraron los trabajadores en algunos patronos como Martínez de las Rivas o Echevarrieta hicieron que la victoria se decantase de su parte. La autoridad política y moral del líder socialista, que llevó personalmente las negociaciones en el Palacio de la Diputación, salió reforzada. Por vez primera existía un reconocimiento explícito entre las partes en conflicto. No obstante, este éxito se desvaneció tras el fallido intento de huelga general en septiembre de 1911. Ajeno esta vez a la voluntad de Perezagua, se trató de un conflicto espontáneo que combinaba un marcado carácter político con una carga de tensión laboral⁷⁹.

75. Entre 1890 y 1893 se registraron en Vizcaya 23 huelgas, otras 16 en los seis años siguientes, 47 entre 1900 y 1903 y 38 en el bienio 1910-1911, cit. por FUSI, Juan Pablo: “El movimiento obrero en la historia de España”, *Revista de Occidente*, nº 131, p. 228.

76. FUSI, Juan Pablo: op. cit., p. 25.

77. CASTILLO, Santiago: op. cit., p. 71.

78. Para la huelga de 1910, que fue un replanteamiento de las demandas del conflicto de 1906, véase el informe *Huelga de los mineros de Vizcaya*, elaborado por la propia Comisión de Huelga, Bilbao, 1911. La cita tomada en página 36.

79. Desde unos meses antes emergió una creciente tensión política contra el gobierno del liberal José Canalejas. Esta era debida al contexto de la guerra de Marruecos con el precedente de la Semana Trágica de 1909, las aspiraciones de cambio político inmediato por militantes “conjuncionistas” y un persistente descontento laboral con diversos conflictos laborales espontáneos, caso de los trabajadores del puerto de Bilbao a los que se sumaron los mineros. FUSI, Juan Pablo: op. cit., pp. 312-331.

Tal y como se ha afirmado, desde el punto de vista organizativo, los propios socialistas, o para ser más exactos, los dirigentes del ala más moderada del partido, responsabilizaron a Perezagua de la táctica seguida entre 1890 y 1910 y de algunos de los problemas más importantes del socialismo vizcaíno, como la inestabilidad de sus organizaciones o la confianza en la huelga como instrumento⁸⁰. Felipe Carretero fue uno de los más críticos y contundentes en este sentido⁸¹.

La figura de Perezagua estaba ya en entredicho y los críticos le responsabilizaban de la debilidad de los resultados obtenidos hasta entonces por el socialismo. Ciertamente es que barracones y cantinas habían desaparecido y que la jornada laboral se había reducido a diez horas en 1890 y a nueve horas y media tras la huelga de 1910, y que todo ello había sido posible gracias a la presión de las luchas desarrolladas a lo largo de este periodo. Pero para algunos de aquellos socialistas lo obtenido era muy poco, demasiado poco, si se valoraba el escaso crecimiento que había tenido su organización fuera de la zona minera. Su penetración en la zona fabril y en el propio Bilbao no había conseguido asentarse definitivamente. La organización sindical y política no había experimentado un crecimiento tan importante como algunos habían imaginado tras las primeras huelgas. De hecho, entre 1890 y 1892, tan solo se crearon siete sociedades de oficio y ninguna en el periodo comprendido entre 1892 y 1896. Las sucesivas tentativas para fundar y asentar sociedades mineras fueron un fracaso y sólo a partir de 1911 la Federación de Obreros Mineros de Vizcaya conseguiría reunir a un número considerable de trabajadores cercano a los siete mil. Por otra parte, el respaldo electoral había sido muy limitado, aunque en este caso, la corrupción del sistema y las prácticas de las elites económicas y políticas de la oligarquía vizcaína habían hecho el resto por impedir su crecimiento.

En este sentido, puede afirmarse que la materialización de una *verdadera conciencia de clase*, siguiendo una concepción tradicional del término, fue el resultado de un largo proceso de acciones colectivas. Las primeras y más espectaculares se produjeron durante el bienio 1890-1892, reproduciéndose los conflictos con especial virulencia en 1899-1903 y 1910-1911. El socialismo, por su participación directa, aparecía como la expresión más patente y clara de la identidad de la comunidad obrera.

A diferencia de Vizcaya, la conflictividad obrera en Guipúzcoa hasta 1915 tuvo una escasa importancia y no llegó a incidir claramente en la vida política de la

80. OLÁBARRI, Ignacio: *Relaciones laborales en Vizcaya (1890-1936)*. Leopoldo Zugaza, Durango, 1978, p. 404.

81. "Es un error crasísimo de táctica, desde el punto de vista socialista, lo que ha venido haciéndose en Vizcaya, donde se ha ido a la huelga, especialmente en las explotaciones mineras, sin la debida preparación, causa por la cual es muy escaso el mejoramiento conseguido... No es extraño que esto haya ocurrido cuando la misma táctica sostiene hoy Perezagua, a pesar de la enseñanza que facilita el tiempo, en diferentes mítines celebrados en la zona minera, que para vencer al capital no hacen falta cajas de resistencia, ni siquiera que estén en la organización la mayoría de los obreros, sino que basta la decisión de los escasos asociados y con que hubiese piedras que lanzar en los montes", en "El pleito de los socialistas, Carretero, societario pero no sindicalista". *El Liberal*, 5 de diciembre de 1914.

provincia. Los textos de la época y la prensa destacan claramente el carácter “dócil y sumiso” de los trabajadores, fiel reflejo de la desmovilización existente y del bajo nivel de organización de la clase obrera guipuzcoana.

Si exceptuamos las protestas anteriormente citadas en Vergara y Azcoitia, que no respondían estrictamente a conflictos de clase, tan sólo pueden destacarse algunas huelgas como las producidas en 1893 en las fábricas de Mondragón y Arecha-valeta, pertenecientes a una de las empresas más importantes de la provincia, “Vergarajaúregui, Resusta y Cía.” o el conflicto desatado este mismo año por el sector del comercio en San Sebastián⁸². Más importancia, aunque con escasa organización, tuvieron otros conflictos que se produjeron a comienzos del siglo XX, como el desarrollado en 1901 por los trabajadores del taller de ajustadores de la Maquinista Guipuzcoana en Beasain, que volvió a reproducirse en 1907. Las convocatorias de huelga general, como la realizada por los socialistas en 1905 para exigir el abaratamiento de los productos de subsistencia, fracasaron en Guipúzcoa, igual que ocurrió en el resto de España, y la crisis huelguística que sacudió al país y especialmente a Vizcaya entre 1910 y 1911 apenas tuvo repercusión en esta provincia. Probablemente los conflictos más importantes fueron los localizados en 1907 en la Unión Cerrajera de Mondragón y en 1912 en La Papelera Española de Tolosa, ambos provocados por la imposición del sistema de destajos. En este último caso la huelga tuvo el carácter de un verdadero motín, con la presencia activa en la organización de la Asociación de Obreros de Tolosa, creada una año antes y encabezada por Enrique de Francisco. El éxito de la huelga tuvo, además, un significado especial, al producirse en una localidad como Tolosa, uno de los feudos del carlismo guipuzcoano, y donde los conflictos laborales habían sido prácticamente inexistentes, a pesar de lo cual, e incluso con su reproducción entre 1915-1916, no consiguieron influir en el panorama político de la localidad.

Por lo que se refiere a Álava, o para ser más concretos, a Vitoria, el panorama conflictivo fue mucho más limitado que en Vizcaya e incluso que en Guipúzcoa por las razones que antes hemos apuntado. Las primeras huelgas surgieron a raíz del desarrollo del asociacionismo obrero que se abrió paso a través de las sociedades de resistencia y sobre todo, del ingreso de algunas de ellas en la Unión General. Se trató, como ya se ha señalado en Guipúzcoa, de conflictos “de oficio”, como los que protagonizaron los carpinteros en 1900, que serán seguidos por otros de moldeadores, fundidores, trabajadores de la construcción y panaderos. En febrero de 1901 los oficiales de albañilería y cantería de la fábrica azucarera, provocaron el paro forzoso de los peones de la empresa. Durante los años siguientes, en 1902 y 1903, se produjeron sendas huelgas de fundidores y moldeadores de “Hueto y Cía” y “La Metalúrgica”, en defensa de la asociación de los

82. Aunque en este último caso resulta mucho más arriesgado considerarlo una huelga general en su más estricto sentido, ya que se trató de un conflicto muy peculiar en protesta ante la inspección a la que fueron sometidos diversos comercios en búsqueda de contrabando, y que contó con apoyos tan significativos como los de la Cámara de Comercio de San Sebastián y de importantes personajes de la élite política y social de la provincia. Véase a este respecto *La Voz de Guipúzcoa*, 13 de enero de 1893 y Castells, Luis: ob cit. pag. 12.

trabajadores y en solidaridad con los despedidos. Estas primeras protestas, a pesar de su escaso peso dentro del conjunto del movimiento obrero, provocaron una honda preocupación entre los círculos empresariales vitorianos y los medios afines, como el *Heraldo Alavés*, que comenzaron a observar cómo el despertar de la cuestión social en Vitoria iba incluso a tener un primer reflejo dentro de la representación política de la ciudad, en este caso, no a través de los socialistas, sino del obrerismo republicano, en noviembre de 1903⁸³.

A partir de este último año el movimiento asociativo experimentó un notable desarrollo, tanto en Guipúzcoa como en Vitoria, que coincidió en el tiempo con el que se produjo en el resto del país, aunque este desarrollo no se tradujo exactamente en la aparición de nuevas sociedades obreras, sino en un incremento de los afiliados y las secciones de las ya existentes. En estas sociedades de resistencia convivían socialistas, republicanos y católicos, e incluso algunos anarquistas, junto a un gran número de trabajadores sin filiación que simplemente defendían sus derechos socioprofesionales. Pero esta apacible relación entre las distintas sensibilidades sociales se rompió a partir de la huelga general de 1905 convocada por la UGT y el PSOE en protesta contra el encarecimiento de las subsistencias. El conflicto sirvió para poner de relieve el enfrentamiento entre los socialistas y unos cada vez más poderosos republicanos, que no secundaron el paro. El fracaso de la jornada del 20 de julio, que fue secundada por los panaderos y otros oficios, como los albañiles y los canteros, escenificó la división existente entre el movimiento societario y la propia debilidad de los socialistas, que mantendrán durante los próximos años una política sectaria⁸⁴.

La crisis económica, que alcanzó en la ciudad un nivel dramático, desmovilizó a los trabajadores e impidió la organización de nuevas protestas, al menos hasta 1910. A partir de esta fecha se fue produciendo una reorganización en el interior del movimiento societario en Vitoria que vendría sustentado también por una solidaridad de clase que reflejaba directamente un cambio de actitud y comportamiento de los trabajadores. El conflicto de los canteros ese mismo año, mucho más organizado y “maduro”, con una estrategia y unos objetivos claramente definidos desde un principio, constituyó el ejemplo más patente de este proceso.

2.3. La conquista del voto en las provincias vascas: La estrategia electoral hasta la Conjunción republicano-socialista (1890-1912)

En agosto de 1890 el PSOE celebró su II Congreso en Bilbao, una ciudad que había vivido conmovida la huelga de los mineros tan sólo unos pocos meses atrás.

83. En estas elecciones La Agrupación Obrera Republicana consiguió introducir por primera vez una representación obrera en el ayuntamiento de Vitoria. Ildefonso Ruiz consiguió 145 votos y Damián González 188, frente a los escasos 52 del dirigente socialista Jorge Fernández Ibarra. Véase a este respecto RIVERA, Antonio: ob cit., pag. 140.

84. Tal y como lo expresa Rivera, Antonio. op.cit. pág. 147.

En ese congreso los socialistas abogaron por la participación en las elecciones haciendo uso del recién estrenado sufragio universal. Para ello formarían *candidaturas de clase*, es decir, candidaturas que aspirasen a la emancipación de los asalariados de la tiranía capitalista mediante la abolición del salario, según se recogía en sus resoluciones, en la línea de lo defendido por otros socialismos europeos como el italiano⁸⁵.

El PSOE, además, reforzó su política aislacionista y rechazó cualquier posible coalición con los republicanos, lo que terminó marcando la política del primer socialismo. Facundo Perezagua, defensor a ultranza de esta política, había salido reforzado en la jefatura del partido en Vizcaya tras la huelga de 1890 y se presentó como candidato a la Diputación a Cortes por el distrito de Valmaseda⁸⁶, mientras Pablo Iglesias fue nombrado candidato por Bilbao. Sin embargo, y a pesar de su intensa actividad e incluso de las expectativas levantadas en la prensa local, los candidatos socialistas fueron literalmente barridos ante el empuje y poderío (manipulación electoral y compra de votos incluida), de la oligarquía minera e industrial⁸⁷. Víctor Chávarri, su representante más emblemático, unido a Martínez Rivas, copó todos los distritos de la provincia sin ahorrar medios para ello⁸⁸. Los candidatos no serían elegidos ni por el gobierno ni por los partidos políticos sino por Chávarri y un pequeño grupo de industriales conocidos popularmente como “La Piña”⁸⁹. Este control resultaría mucho más fácil en la provincia que en Bilbao, donde la gran oleada migratoria de 1876 a 1900 había alterado los vínculos personales que hasta entonces habían conformado el clientelismo local. Sin embargo, y a pesar de las claras manipulaciones que existieron, ello no puede ocultar que hasta 1898 el partido socialista no tuvo en Bilbao y en Vizcaya una verdadera fuerza electoral.

Ante esta situación los socialistas centraron sus objetivos en la capital de la provincia. Los candidatos, Facundo Perezagua, Luciano Carretero, Dionisio Ibáñez y Manuel Orte, reforzados tras la huelga de 1891, fueron elegidos concejales por Bilbao en las elecciones locales de ese mismo año, aunque solo éste último podría finalmente acceder al cargo. En *La Arboleda*, corazón de la cuenca minera Facundo Alonso también saldría elegido.

85. El partido representa a una clase y el congreso se erige como el único con derecho a controlar a sus electos como *representantes de clase y electores de clase*. Sobre todo este proceso puede consultarse CASTILLO, Santiago: “Historia del socialismo español, Tomo I (1870-1909)”, en Tuñón de Lara, Manuel (dir.): *Historia del socialismo español*, Conjunto editorial S.A. 1989.

86. En este distrito se incluían localidades mineras y fabriles como San Salvador del Valle, La arboleda, Gallarta, Ortuella, Baracaldo y Sestao. En 1896 se crearía el distrito de Baracaldo del que entre otras localidades pasaron a formar parte San Salvador del Valle y Baracaldo.

87. Los magnates de la industria, encabezados por el conservador Martínez Rivas con 4.326 votos y el liberal Víctor Chávarri con 4.004 barren literalmente la candidatura de Facundo Perezagua, que tan solo consigue 215 votos.

88. Tal y como afirma Juan Pablo Fusi, “parece evidente que de no haber mediado el dinero y el fraude electoral los resultados de las elecciones por Bilbao pudieran haber sido mucho más favorables para los socialistas de lo que en realidad fueron. (...) Juan Pablo FUSI: *Política obrera...* op. cit.. p. 114.

89. Miguel de Unamuno la calificaría como “El partido de los ricos”. Véase a este respecto M. de Unamuno *La conciencia liberal y española de Bilbao*, conferencia pronunciada en 1908.

Cuadro 2. Evolución del voto socialista en las elecciones locales de Bilbao (1891-1911)

Años	Votos	Concejales
1891	775	1
1893	382	
1895	561	1
1897	886	4
1899	1.341	3
1901	2.574	3
1903	2.269	6
1905	3.441	6
1909	1.741	2
1909	3.299	5
1911	2.467	3

Fuente: Juan Pablo Fusi: *Política obrera...* ob. cit. pp. 491-492.

Durante los siguientes años la evolución electoral del partido socialista sufrió las consecuencias de su postura aislacionista y de la delicada situación económica que afectó a las precarias organizaciones obreras, provocando un gran número de bajas e incluso la disolución de algunas sociedades. Las elecciones locales y generales de 1893 concluyen con dos derrotas sin paliativos, sobre todo en Bilbao, que confirmaron la importancia de este desgaste⁹⁰.

Todo ello incidió en el reforzamiento de una política más moderada, centrada en las cuestiones de índole local, mucho más cercanas a las clases populares, como la abolición de los impuestos sobre el consumo, y menos basada en argumentos de tipo ideológico o político. Los resultados ratificaron esta apuesta. El aumento de votos –de los 382 conseguidos en 1893 a los 541 obtenidos en 1895–, se tradujo en la obtención de dos nuevos concejales por Bilbao (Cenón Ruiz y el propio Perezagua), que consiguieron restar en algunos distritos, como las Cortes, un importante número de votos a sus rivales republicanos.

El resultado de las elecciones de 1895 marcó así el inicio de la recuperación tras la crisis de 1892-1894. La competencia y honestidad de los dos nuevos concejales, su moderación en la política laboral y la difusión de la “Lucha de Clases”

90. En las primeras consiguen 423 votos y en las segundas tan solo 187. Un escasísimo bagaje frente a los 1926 votos de los carlistas, los 1700 de los republicanos o los 485 de los liberales, que no sólo respondía a la corrupción electoral.

son algunos de los aspectos que contribuyeron a dotar al socialismo de una mayor credibilidad y apoyo social⁹¹. Los resultados de las elecciones de 1896 ratificaron esta tendencia al doblar los votos obtenidos en las municipales tan solo un año atrás, llegando al 20% de los votos emitidos. La abstención de los republicanos pudo facilitar este ascenso, sobre todo teniendo en cuenta el agrio enfrentamiento existente entre ambos partidos en esas fechas⁹².

La situación política general del país jugó también un papel decisivo. La Guerra de Cuba y el terrorismo anarquista contribuyeron aún más a profundizar en la moderación de los socialistas y en su apoyo a la vía parlamentaria. El propio Perezagua logró reconducir algunos de los conflictos huelguísticos, limitando su expansión a determinadas labores en 1896.

Un año más tarde, en 1897, los resultados de las elecciones locales confirmaron el éxito de esta política, a pesar de la aplastante victoria de Chávarri. Felipe Carretero, Felipe Merodio y Toribio Pascual fueron elegidos concejales, mientras Orte y Aldaco salieron derrotados por un escaso margen de votos. Sin embargo, las presiones del empresario vizcaíno consiguieron anular la elección de los socialistas, al no poseer los requisitos de propiedad y residencia fijados por la ley. El escándalo entre la opinión pública benefició, sin embargo, la popularidad de los socialistas, que organizaron una larga serie de movilizaciones y actos de protesta, pero evitando los desórdenes y la confrontación directa.

En este contexto los resultados de las nuevas elecciones de 1898 volvieron a confirmar las expectativas de los socialistas. Pablo Iglesias consiguió 3.408 votos frente a los 4.450 de Martínez Rivas⁹³. A pesar de todo, los resultados fueron bien elocuentes y pusieron de manifiesto el avance del partido, que aunque siguió careciendo aún de diputados en las Cortes, obtuvo una importante representación en el ayuntamiento, convirtiéndole en una alternativa seria de gobierno en el ámbito local.

Pero no todo parecía tan favorable. Tres de sus dirigentes más carismáticos, como Pascual, Carretero y el propio Facundo Perezagua salieron hacia el exilio francés, tratando de eludir las condenas a las que habían sido castigados en un jui-

91. La afiliación de algunos intelectuales como Miguel de Unamuno también contribuyeron a ofrecer una imagen más respetable del partido.

92. Las disputas se dirimen en los medios de comunicación –entre el republicano *El País* dirigido por Lerroux y *La Lucha de Clases*–, pero también en los mítines y actos públicos. Los enfrentamientos se extienden a las propias instituciones, como el Ayuntamiento de Bilbao, donde Perezagua y Leguina, representantes de ambas fuerzas políticas, llegan a las manos el 22 de octubre de 1895. La agresión de que es objeto el concejal socialista –que será contestada–, radicaliza aún más las posturas y tiene una importancia decisiva en la línea política del socialismo vizcaíno. Por una parte refuerza la estrategia del partido, fundamental para consolidar a una formación independiente de la clase obrera, pero por el otro dificulta enormemente cualquier posibilidad de colaboración, al menos de momento, como se verá más adelante.

93. Ciertamente su candidatura se benefició del enfrentamiento entre Rivas y Chávarri, como lo confirman los 700 votos obtenidos en distritos tan poco propicios como el Ensanche, feudo de éste último, pero también tuvo que superar importantes contratiempos y maniobras de compra de votos. La prensa local y diversa documentación recogen los pormenores de agentes de Martínez Rivas portando grandes sumas de dinero que serían utilizadas para las compras de voto.

cio militar⁹⁴. En estas circunstancias los socialistas se enfrentaron a las nuevas elecciones provinciales, donde, sin embargo, los resultados les fueron menos favorables que en las generales. La pérdida de algo más de mil votos así lo constató. La situación creada en los últimos meses no les había sido especialmente propicia. Al exilio de los citados dirigentes había que sumar la postura del PSOE sobre la guerra, la irrupción de los nacionalistas y el pulso que mantenían con los republicanos.

Los primeros movimientos de aproximación entre estos últimos y los socialistas, que romperían con la tradicional política aislacionista, provocaron importantes tensiones internas en el PSOE, sobre todo entre aquellos sectores que desconfiaban del radicalismo anticlerical de los republicanos, como se puso de manifiesto en 1903⁹⁵.

No obstante, durante esos mismos meses se produjo en Madrid el intento más serio por cambiar la política de aislamiento del partido socialista. Un número significativo de afiliados de la Agrupación Socialista de Madrid, encabezados por García Quejido, propusieron una coalición electoral con los republicanos. La propuesta fue votada en el Comité Nacional y rechazada por cincuenta agrupaciones, entre ellas la de Bilbao. Carretero y Prieto la defendieron. Perezagua por el contrario la rechazó totalmente y afirmó:

“Aquí somos los obreros contra los burgueses –entre los cuales indudablemente incluye a los republicanos– y los burgueses contra los obreros. Y frente a nosotros, formados en la misma línea, están monárquicos, republicanos, conservadores y liberales, y por descontado bizkaitarras”.

El estallido de la huelga de 1903, una de las más violentas, hizo que el conflicto anticlerical quedase relegado a un segundo plano, para satisfacción de Perezagua que recuperó el pulso de una movilización de carácter exclusivamente obrera. En todo caso, la evolución del PSOE se vio condicionada por la delicada coyuntura

94. Los tres habían sido procesados por las graves manifestaciones realizadas tras la muerte de dos trabajadores en Ortuella en 1898 en medio de una fuerte protesta por una importante crisis de subsistencias.

95. Pablo Iglesias y el propio Perezagua estimaban que el anticlericalismo desviaba los objetivos y los esfuerzos del proyecto socialista desvirtuando su carácter obrerista, frente a las posturas defendidas por el vehemente Tomás Meabe y el también director de la *Lucha de Clases*, Valentín Hernández. El ocho de septiembre de 1903, coincidiendo con la festividad de la Virgen de Begoña los católicos organizan diversos actos y peregrinaciones. Los anticlericales, por su parte, convocan movilizaciones en contra de aquellos que son apoyadas por diversas sociedades de izquierda, republicanos, liberales, librepensadores y nueve agrupaciones socialistas. El acercamiento entre republicanos y ciertos sectores del partido da sus primeros pasos. La participación de Meabe molesta a Perezagua que se desmarca públicamente de los actos. Estos movimientos coinciden en el tiempo con una reactivación de las tensiones laborales por el establecimiento del pago semanal. El 11 de octubre Perezagua interviene en un gran mitin en la plaza de toros de Bilbao en donde aremete, entre otros, contra los republicanos, lo que provoca el malestar de un importante sector del público, donde se encuentran militantes y simpatizantes de este partido. La salida del mitin se convierte en una algarada anticlerical que termina con la profanación de varias imágenes y diversos enfrentamientos armados entre partidarios y contrarios a las peregrinaciones.

económica⁹⁶. Pocos meses más tarde, en octubre de 1905, los resultados de las elecciones generales pusieron en evidencia la pérdida de apoyo entre amplios sectores. En Bilbao las elecciones se celebraron en un clima de gran tensión entre socialistas y republicanos que se saldó con un muerto y varios heridos, entre estos últimos el propio Indalecio Prieto. Pese a todo, las elecciones fueron consideradas como unas de las más *limpias* de la época. Solaegui, industrial y candidato republicano que contó con el apoyo de Chávarri, ganó las elecciones y superó a Pablo Iglesias en distritos tan emblemáticos como San Francisco. El aislamiento del PSOE parecía más acusado que nunca.

Sin embargo, y a pesar de las graves tensiones sociales (algunas se desataron en importantes huelgas como la de 1906), todo cambió a raíz de la formación del denominado bloque católico, promovido tras la presentación de la Ley de Asociaciones. La unión de las izquierdas se perfilaba ya como una posibilidad real y cercana.

Los primeros contactos entre las juventudes de los partidos republicano y socialista —que por otra parte se habían establecido desde pocos años antes—, hicieron que el proyecto fuera cobrando forma. La coalición, que no contaba en principio con el visto bueno de la dirección nacional, fue aprobada por la Agrupación de Bilbao, que aprovechó la ausencia de Perezagua, aún exiliado en Santander desde junio de 1905. La coalición ganó en Bilbao pero perdió en el resto de la provincia, donde la candidatura católica, formada por carlistas, nacionalistas e integristas obtuvo un éxito de forma destacada.

La radicalización de la situación social y política, tras la semana trágica de Barcelona en verano de 1909, precipitó los acontecimientos e incidió en un cambio de la política mantenida por los socialistas, que trataron de forzar la caída del gobierno de Maura llegando a un acuerdo con los republicanos.

En las elecciones municipales del mes de diciembre la conjunción obtuvo unos brillantes resultados. En Bilbao resultaron elegidos siete republicanos, cinco socialistas y dos liberales. El PSOE, además, consiguió representación en Baracaldo y La Arboleda (un concejal en cada localidad), San Sebastián y Eibar (dos y uno respectivamente). Pocos meses más tarde y antes las nuevas elecciones generales de 1910 se reprodujeron las tensiones entre los partidos de la conjunción por la designación de los candidatos. Horacio Echevarrieta, propietario minero, constructor de barcos y naviero se destacó entre los republicanos. Perezagua trató de forzar una asamblea mixta con representación de ambas formaciones donde se pudiera elegir entre aquél y Pablo Iglesias⁹⁷. El candidato fue finalmente Echevarrieta que derrotó al católico Chalbaud en las elecciones, un éxito que repetirá poco más tarde en las elecciones generales, siendo el único candidato de la conjunción elegido en el País Vasco. El propio Perezagua fue derrotado en Valmaseda.

96. 1904 y 1905 son años de fuertes crisis de subsistencias que dan lugar a protestas espontáneas como la que tiene lugar en Baracaldo contra los alquileres de las viviendas, donde los socialistas salen malparados.

97. *El Liberal*, 23-26 de abril de 1910.

El estallido de la huelga de 1910, que no respondió exclusivamente a cuestiones de tipo laboral, radicalizó la situación. Ésta terminó por explotar en el verano de 1911, dando lugar a una intensa conflictividad que no se limitó a Vizcaya, sino que se extendió por otros puntos de la península y puso contra las cuerdas al gobierno de Canalejas. Pablo Iglesias firmó un documento junto con todos los líderes republicanos desmarcando al partido de cualquier posible dirección en un movimiento de imprevisibles consecuencias. La práctica totalidad de los líderes del socialismo vizcaíno estuvieron conformes. En esta situación la consolidación de la conjunción republicano-socialista y el liderazgo de estos últimos en la misma se presentaba como la única alternativa con futuro. Sin embargo, esta fuerza sería asumida por un hombre que creará firmemente en ella, menos vinculado al obrerismo de las dos primeras décadas del socialismo vasco y sobre todo, más identificado con las profundas transformaciones que se estaban operando en la política local. La era de Perezagua estaba a punto de concluir, y otra nueva, la de Indalecio Prieto estaba comenzando.

Por lo que respecta a Guipúzcoa, aunque los socialistas consiguieron alcanzar una cierta importancia en algunas localidades de la provincia y se hicieron notar en la escena política, su grado de penetración y asentamiento fue muy limitado, sobre todo si lo comparamos con Vizcaya.

La realidad política y social de Guipúzcoa presentaba unos rasgos propios que sin duda condicionaron también el avance de las nuevas fuerzas políticas como el PSOE. Uno de las características más importantes fue la fragmentación política de la provincia, con zonas de claro predominio tradicionalista –y especialmente carlista–, que se vieron menos afectadas por el proceso industrializador, frente a otras de importante presencia de fuerzas progresistas, donde dicho proceso fue mucho más patente. Con el fin de contrarrestar la fuerza de los carlistas, republicanos y liberales formarán una coalición que dominará la provincia durante una serie de años, y que tras un periodo de desgaste, dará lugar a un nuevo realineamiento entre fuerzas de derecha y de izquierda. En este sentido puede afirmarse que tanto las formas que adoptó la modernización en Guipúzcoa –menos drásticas que en Vizcaya–, como la hegemonía del pensamiento conservador-tradicional, determinaron la correlación de fuerzas políticas.

Como ya ha quedado de manifiesto en el apartado correspondiente, la organización socialista fue muy débil durante los primeros años y a pesar de los primeros intentos de organización durante los años 1890-1891 –creación de las agrupaciones de San Sebastián y Tolosa–, éstas terminaron por disolverse poco después y sólo a partir de 1897 consiguieron remontar el vuelo.

Su precaria implantación les privará de la obtención de un escaño para las Cortes y para la Diputación Provincial⁹⁸. Serán las elecciones municipales, y no sin

98. Como recuerda CASTELLS, Luis: *Modernización y dinámica política...* op. cit., pag. 331. En las elecciones provinciales no llegaron a presentar candidaturas y en las elecciones al Congreso, aunque presentaron candidatos en varias legislaturas quedaron fuera de cualquier opción de los otros aspirantes. Los mejores resultados que obtuvieron fueron en el distrito de San Sebastián en 1901, donde lograron 887 sufragios y en 1907, con 657 votos, procedentes en su mayor parte de la capital, gracias, en gran medida a la no presentación de los republicanos.

grandes esfuerzos, donde consigan las primeras representaciones, curiosamente no en una de las localidades más propicias, sino en Cegama, donde lograrán en 1901 dos concejales. Dos años más tarde, en 1903, se estrenarán en Eibar, estando ya presentes en esa localidad a partir de 1909, salvo el lapso de 1905. Ese mismo año consiguieron, gracias a la conjunción con liberales y republicanos, dos concejales en San Sebastián. La aportación de éstos debió de ser importante, puesto que dos años más tarde, en 1911, cuando se presentaron en solitario tras las discrepancias surgidas entre ambos, los socialistas se quedaron sin representación municipal y tan sólo obtuvieron un concejal en Irún⁹⁹. Pudieron recuperar dos concejales en 1913, al reeditar la alianza con los republicanos. Esta trayectoria tan sólo puso en evidencia una realidad incuestionable, la escasa presencia de los socialistas durante este primer periodo, limitada a unos escasos núcleos.

Por lo que se refiere a Vitoria, el salto electoral de los socialistas se produjo a partir de la conjunción con los republicanos, que en la capital alavesa se había llevado a efecto desde 1907, cuando el PSOE apoyó al republicano Llorente en las elecciones a Cortes celebradas ese mismo año. Como ha apuntado el profesor Antonio Rivera, en Vitoria, durante las primeras elecciones municipales que afrontó la conjunción en diciembre de 1909, no se presentó ningún socialista, por lo que los problemas que se dieron en otros lugares con los Lerrouxistas no llegaron a producirse. La izquierda obtuvo seis concejales, venciendo en cuatro de los seis distritos de la ciudad. Pese a ello, la conjunción entre el PSOE y los republicanos no llegó a ser total, ya que los radicales lerrouxistas se apartaron de ella. Algunos grupos adscritos al republicanismo, como la Unión Republicana de Álava, respondieron negativamente a la llamada de los socialistas para formar un comité de la conjunción en la capital y se mantuvieron autónomos, como hasta entonces¹⁰⁰. De hecho, una gran parte de los republicanos acudió en solitario a las elecciones municipales de 1911, mientras que la facción minoritaria de los republicanos locales se presentó en alianza con los socialistas, saliendo elegido como concejal el veterano dirigente Jorge Fernández. Dos años más tarde, en 1913, ya reunificados de nuevo los republicanos, la coalición con socialistas y liberales obtuvo dos actas de diputados provinciales a favor del republicano Fernández Dans y el liberal monárquico Benito Yera. La conjunción se renovó con motivo de las elecciones municipales de ese mismo año, logrando concejalías para sus cinco candidatos, entre ellos el socialista Primitivo Herrero. A pesar de ello, el ayuntamiento de Vitoria, constituido el 1 de enero de 1914, siguió estando en manos de la mayoría derechista, con 18 concejales, frente a los 7 republicanos y 2 socialistas¹⁰¹.

Sin embargo, aunque la conjunción entre republicanos y socialistas subsistió formalmente hasta el congreso extraordinario del PSOE en 1919, lo cierto es que el pacto fue muy precario a partir de 1915.

99. Para una aproximación a la evolución del socialismo en Irún PUCHE MARTINEZ, Aitor: op. cit..

100. *La Libertad*, 19 de junio de 1911.

101. El reparto de los concejales de derechas fue el siguiente: 12 carlistas oficiales, 3 conservadores, 2 integristas y 1 carlista disidente, véase a este respecto RIVERA, Antonio: *Situación y comportamiento...* op. cit. pág. 169.

2.4. La crisis socialista: el “obrerismo” de Facundo Perezagua frente al “reformismo” de Indalecio Prieto (1911-1915)

El acuerdo con los republicanos en 1909 suponía la culminación de un proceso que rompía con el tradicional aislamiento político del primer socialismo. La dirección de los socialistas estimaba como indispensable un crecimiento organizativo que facilitara la evolución del sistema capitalista al socialista¹⁰². Pero los conflictos laborales sistemáticos impulsados por Perezagua resultaban incompatibles con el pragmatismo político del que había comenzado a hacer gala la dirección de los socialistas. Este hecho explica que su éxito con la huelga de 1910 coincidiera paradójicamente con su progresiva marginación. Su falta de sintonía con la organización central le había llevado a rechazar decididamente las propuestas arbitrales del PSOE y de la UGT, que tenían su generalización al resto del Estado¹⁰³. El único momento en que se relajó la tensión fue con su posicionamiento en común con Pablo Iglesias durante la fracasada huelga de 1911. Este último conflicto, de un claro sesgo político, aunque ajeno a la dirección socialista, contribuyó a que Perezagua se ratificara en sus posiciones sindicales, al contrastarlo con el resultado de 1910 que consideraba exclusivamente laboral¹⁰⁴.

A partir de 1912 se desató definitivamente el choque interno en el socialismo vizcaíno entre la tendencia intransigente de activismo obrero, al que tanto debía su inicial implantación, y la moderada de acción política, que pretendía ampliar su base social mediante la mejora de los resultados electorales. Ambas posturas fueron lideradas respectivamente por Facundo Perezagua y joven periodista bilbaíno de origen asturiano, Indalecio Prieto. El primero va a ser incapaz de adaptarse a las nuevas circunstancias políticas y a la propia evolución de la clase obrera. El segundo apostaría decididamente por una política reformista de transformación social desde el poder institucional, que tan sólo creía posible en un estado republicano. Desde esta reflexión nacía el “prietismo” como el exponente de una política de afirmación democrática y republicana¹⁰⁵. Era el final del rígido determinismo ideológico del primer socialismo español, que tradicionalmente se había opuesto a colaborar con todo partido que calificara de burgués.

Por tanto, la consolidación de la Conjunción con el republicanismo dependía de la ausencia de conflictos sociales virulentos, más aún si este último quería evitar

102. Para el análisis del principio evolucionista del socialismo español, sustentado en una larga preparación, mejora y fortalecimiento de la clase obrera, que conllevaba la relegación de la revolución socialista a un futuro lejano e inaccesible, véase JULIÁ, Santos: “Preparados para cuando la ocasión se presente: los socialistas y la revolución”, en JULIÁ, Santos (dir.): *Violencia política en la España del siglo XX*, Taurus, Madrid, 2000, pp. 145-190.

103. Cabe destacar a este respecto la presencia en Bilbao del carismático líder ugetista Francisco Largo Caballero.

104. FUSI, Juan Pablo: op. cit., p. 345. Véase también a este respecto su mitin con motivo del Primero de Mayo de 1912, en “La Fiesta del Trabajo”, *El Liberal*, 2 de mayo de 1912.

105. Estudio preliminar de MIRALLES, Ricardo: *Indalecio Prieto. Textos escogidos* (Clásicos Asturianos del Pensamiento Político, 13), Junta General del Principado de Asturias, Llanera, 1999, p. 19.

todo descrédito que alejara a su electorado de clase media¹⁰⁶. Su dirigente nacional Melquíades Álvarez expresaba la moderación reinante en sus filas, que se traducía localmente en la personalidad política del polifacético Horacio Echevarrieta. Evidentemente, Perezagua, como principal defensor a ultranza de los trabajadores mineros, y Echevarrieta, uno de los patronos mineros más importantes en la provincia, representaban dos entornos contrapuestos. Además, para el líder obrero eran cuestiones secundarias los postulados comunes que compartían republicanos y socialistas, es decir, el progresismo, el laicismo y el rechazo al nacionalismo vasco. En su opinión, el eje primordial de la actividad del partido debía ser la cuestión social, relegada a un segundo término por sus nuevos aliados¹⁰⁷.

Aun así, Perezagua mantuvo disciplinadamente su lealtad con la política sostenida por la dirección socialista, dispuesta a preservar el pacto con los republicanos, incluidos los reformistas de Melquíades Álvarez¹⁰⁸. En el congreso de septiembre de 1912 presentaba junto a Prieto una moción que confirmaba la Conjunción. Todo apunta a que se trató de un acuerdo provisional que evitaba la escisión interna al limitar su alcance¹⁰⁹.

En este contexto, las elecciones provinciales entre 1911 y 1913 dieron el protagonismo a los reformistas Prieto y Carretero en detrimento de Perezagua. Por tanto, el socialismo contaba ya con dirigentes moderados capaces de amortiguar hábilmente el irreversible alejamiento del republicanismo. Ante esta situación, Perezagua defendió enconadamente su posición, pero sería la primera víctima de un enfrentamiento doloroso que le afectó personalmente. En el dirigente de origen toledano bullía un talante fuerte e impulsivo forjado en la adversidad de su larga experiencia de lucha obrera, condicionado por un carácter susceptible y desconfiado que llegará a mostrar, a medida que se desaten las hostilidades, un profundo resentimiento personal contra sus propios correligionarios.

Un hecho clave que afirmó definitivamente la posición de los contrincantes de Perezagua en el partido fue la desastrosa huelga general de 1913. Por aquel entonces, el líder obrero basaba una gran parte de su influencia en la presidencia de la recién constituida Federación Nacional de Mineros. En julio los obreros de las emblemáticas minas de Riotinto iniciaron un conflicto salarial y de reconocimiento sindical al margen la disciplina de su Federación Ferroviaria. El apoyo de

106. La Unión Republicana creada en 1903 y dirigida por el histórico Nicolás Salmerón integraba a las dos tendencias principales del republicanismo. Por un lado, Melquíades Álvarez representaba a la fracción más moderada junto a otros líderes como Gumersindo de Azcárate. Por otro, Alejandro Lerroux lideraba la tendencia populista del movimiento republicano fuertemente establecida en Barcelona. Si la primera daría lugar posteriormente al Partido Reformista la segunda sería el germen del futuro Partido Radical.

107. DÍAZ MORLAN, Pablo: *Horacio Echevarrieta 1870-1963. El capitalista republicano*, LID Editorial Empresarial, Madrid, 1999, pp. 65-70.

108. Véase para la conjunción republicano-socialista GARCÍA VENERO, Maximiano: *Melquíades Álvarez. Historia de un liberal*, Ediciones Tebas, Madrid, 1974, pp. 225-230.

109. FUSI, Juan Pablo: *Política obrera*, op.cit., pp. 339-341.

la Federación Minera abría la posibilidad de la temida huelga general. Esta eventualidad puso en estado de alarma a las direcciones nacionales del PSOE y de la UGT, en coherencia con la línea adoptada desde sus primeros congresos.

La arriesgada apuesta de Perezagua de generalizar la petición del salario mínimo fue una decisión abocada al fracaso por la firme oposición de la organización socialista y, en concreto, del federado Sindicato Minero Asturiano dirigido por Manuel Llanea. Éste ya tenía iniciada su propia reclamación y estimaba como mejor estrategia que cada zona actuara acorde a sus posibilidades. La realidad fue que el ministro de Gobernación Santiago Alba explotó hábilmente estas diferencias y la Comisión citada en Madrid pudo constatar la imposibilidad de negociar sus reivindicaciones¹¹⁰. Según las memorias del responsable sindical vizcaíno Constantino Turiel, Alba dijo a sus integrantes: “*Tienen mucha razón en lo que piden. Precisan para ser atendidos que tengan fuerza necesaria para ello. Sin esa fuerza yo lo presentaré y no prosperará*”¹¹¹. Tal como se ha hecho antes referencia, esta realidad daba la razón indirectamente a Facundo Perezagua: “*En España, los Gobiernos no tienen inconveniente en promulgar leyes, seguros de que han de ser letra muerta, por culpa de la falta de unión de los proletarios (...)*”¹¹².

En caso de éxito Perezagua hubiera podido cuestionar toda la estrategia política adoptada por la organización socialista, precisamente cuando gozaba de su mayor influencia sindical por el peso de la potente Federación Minera en la UGT. Por el contrario, iba a suponer el comienzo de una fuerte oposición interna liderada por Llanea, tal como se pondría en evidencia a partir de sus respectivos congresos del año siguiente¹¹³. En definitiva, fue su última oportunidad para reafirmar la postura obrerista que tan buen resultado le había dado en 1910. A partir de este momento, en una espiral de enfrentamientos, derrotas y profundos resentimientos, perderá aceleradamente su influencia tanto en el partido como en el sindicato hasta derivar en su definitiva derrota política con su expulsión de ambos.

La debilidad de la posición de Perezagua se puso en evidencia cuando intentó romper la Conjunción ante las elecciones generales de marzo de 1914. Sus propuestas para que la candidatura de Bilbao fuera únicamente socialista excluyendo

110. El ministro de Gobernación Santiago Alba se reunió en Madrid con la Comisión formada por Perezagua y José Solinis como presidente y vicepresidentes de la Federación, Eladio Fernández Egocheaga por Riotinto, Manuel Llanea por Asturias y León y Constantino Turiel por Vizcaya. Las reivindicaciones eran el salario mínimo, la reforma de la Ley de Accidentes del Trabajo, nombramiento de Inspectores de Trabajo en las Minas y cumplimiento de la Ley de Policía Minera.

111. TURIEL, Constantino: *Recuerdos de mi vida y las luchas mineras*, Museo Minero de Gallarta, Gallarta, 1992, p. 80.

112. “El pleito de los socialistas. Perezagua se decide por el sindicalismo”, art. cit.

113. La cuestión del conflicto de Riotinto centralizó tanto los debates del Congreso de la Federación Nacional de Mineros de España como en el X Congreso de la UGT de 1914. En ambos el asturiano Manuel Llanea dejó patente su rivalidad con Perezagua. Asimismo, el líder vizcaíno pasaba a ser el único apoyo del conflictivo responsable del sindicato minero de Riotinto Eladio Fernández Egocheaga, al que había integrado en la Federación. El enfrentamiento con Llanea todavía seguía vivo en el XII Congreso ugetista de mayo de 1916. Véase MARTIN RAMOS, José Luis: *Historia de UGT (1914-1930)*, Publicaciones Unión, Madrid, 1998, pp. 8-16.

a Echevarrieta, así como de retirada de Prieto en la lista de Baracaldo, por estimar su derrota frente al conservador Ybarra, le enfrentaban con la dirección del partido. Ni siquiera la presencia mediadora de Pablo Iglesias, amigo personal del líder obrerista, logró reconducir la situación. Perezagua se sintió despreciado y traicionado cuando el viejo dirigente socialista, que habitualmente había pernoctado en su casa de la calle Bailén en sus visitas a Bilbao, dejó de hacerlo en esta ocasión. El desencuentro personal hizo aún más irreversible el enfrentamiento político y frustró con ello cualquier posibilidad de entendimiento¹¹⁴.

El ritmo de los acontecimientos se aceleró a finales de 1914 con la acusación que Perezagua hizo contra su compañero concejal y rival "prietista", Felipe Carretero, sobre las irregularidades en la administración municipal de los lavaderos mecánicos¹¹⁵. El Comité Provincial presidido por Prieto optó por expulsar del partido al Comité de la Agrupación Socialista dirigido por Perezagua y establecer uno nuevo encabezado por Pedro Cabo. Durante los meses siguientes convivieron los dos comités locales hasta la definitiva ratificación de expulsión de los denominados socialistas veteranos por la dirección central en octubre de 1915¹¹⁶. Perezagua no quiso comprender por su obstinación que la mayoría del electorado obrero bilbaíno se decantaba por la Conjunción y la reelección consecutiva del republicano Echevarrieta. Así, contando tan sólo de su parte con la agrupación de Begoña y la sección sindical de Bilbao, había vuelto a fracasar en su intento de romper la coalición en las elecciones provinciales del mismo año. En aquel otoño el único ámbito en el que tuvo un cierto éxito público fue durante su breve función de alcalde interino en el ayuntamiento de la villa tras la dimisión de Ricardo Power el 18 de noviembre. Cabe destacar su iniciativa para la creación de una Junta de Defensa contra el Paro, que debía fomentar las obras públicas en invierno y el establecimiento de cocinas económicas, así como su encendida y polémica defensa a favor de la inspección municipal durante la reconstrucción del teatro Arriaga¹¹⁷.

El último acto de su destrucción política, en parecidas fechas, correspondió a su amplia derrota frente a Prieto en las elecciones locales de noviembre al enfrentarse ambos por el distrito de las Cortes. Durante los siguientes años, en un contexto político complicado para la izquierda y ante un nacionalismo vasco emergente electoralmente¹¹⁸, Prieto ratificó su hábil estrategia como candidato republicano y socialista ganando su acta parlamentaria en Bilbao durante las elecciones generales de 1918.

114. Véase "El pleito de los socialistas. Crisis en la Agrupación en Bilbao", *El Liberal*, 20 de abril de 1914.

115. Véase "El asunto de los lavaderos", *El Liberal*, 28 de diciembre de 1914; "Carretero, societario pero no sindicalista", *El Liberal*, 5 de diciembre de 1914 y "Al margen de un expediente", *El Liberal*, 14 de diciembre de 1914.

116. TURIÉL, Constantino: op. cit., pp. 100-103. También véase "Cariñoso recibimiento a Perezagua y Laise-ca", *El Liberal*, 1 de noviembre de 1915 y "Los socialistas desautorizados", *El Liberal*, 2 de noviembre de 1915.

117. Véase "Las obras del invierno", *El Liberal*, 3 de noviembre de 1915; "La campaña de los obreros", *El Liberal*, 23 de noviembre de 1915 y, entre otros, para su contencioso con la Sociedad Nuevo Teatro "La disciplina popular. Los decretos de Perezagua", *El Liberal*, 22 de noviembre de 1915.

118. El ascenso electoral del PNV fue patente en las elecciones municipales de noviembre de 1917, conquistando el ayuntamiento de Bilbao y obteniendo resultados relevantes en localidades con escasa presencia hasta entonces, caso de Baracaldo.

2.5. El rival sabiniano: el socialismo ante al emergente nacionalismo vasco

Como ya se ha apuntado al principio del capítulo, desde finales del siglo XIX y comienzos del XX se fue conformando una nueva relación de fuerzas políticas en torno a tres grupos bien definidos: el monarquismo conservador liderado por Víctor Chávarri, el socialismo de Fernando Perezagua y el nacionalismo liderado por Sabino Arana. Este triángulo, de origen vizcaino se extendería con el tiempo al resto del País Vasco, dando lugar a tres culturas políticas muy diferentes y a tres bloques electorales bastante iguales.

El nacionalismo vasco, coetáneo y rival del socialismo, iba a entrar con fuerza en la escena de la moderna política de masas. Su aparición, a través de la figura de Sabino Arana, estuvo estrechamente ligada a un contexto político y cultural que respondía a varios factores¹¹⁹. Por un lado, la influencia de un imaginario foral alimentado por la literatura romántica que proliferó durante la segunda mitad del siglo, las guerras carlistas y la abolición foral. Por otro, la revolución industrial que sacudió al territorio vizcaíno durante el último tercio del siglo XIX. Sabino Arana reaccionó con una enorme virulencia contra las consecuencias de esta última, y de un modo especial, contra la masiva inmigración de trabajadores procedentes de las provincias españolas. Los inmigrantes, con sus nuevas costumbres, su *inmoralidad e irreligiosidad* y su idioma, ponían en serio peligro la idealizada armonía que había definido al País Vasco durante siglos, según la concepción del líder nacionalista. La nueva sociedad que se estaba configurando perdía sus referencias tradicionales como consecuencia del intenso proceso de industrialización¹²⁰.

Sabino Arana conectó en su discurso con aquellos sectores que, desconcertados, veían con asombro el derrumbe de un mundo regido hasta entonces por unas determinadas reglas y les proporcionó unas señas de identidad con las que hacer frente a los tremendos cambios que implicaba la industrialización. Su profundo integrista religioso, su rechazo a todo lo español, su fuerte carga etnicista y la decidida apuesta por la independencia encontraron un importante eco entre amplias capas de la población necesitadas de un discurso apropiado para poder encarar la nueva sociedad en continua transformación.

El nacionalismo vasco desarrolló unos rasgos muy marcados y precisos como el carácter ultrarreligioso, exclusivista y excluyente, tradicionalista, anti-español y

119. Sabino Arana nació en la anteiglesia de Abando, posteriormente anexionada a Bilbao, en 1865, tan sólo cinco años después que Perezagua. Era el hijo menor de una familia de ocho hermanos profundamente católica y carlista. A partir de 1882 generó el nacionalismo vizcaino y después vasco, cuya acta fundacional fue la publicación de su libro *Bizcaya por su independencia* en 1892.

120. Véase de José Luis de la Granja: "El nacionalismo vasco", en GRANJA, José Luis de la y PABLO Santiago de (Coord.): *Historia del País Vasco y Navarra en el siglo XX*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2002, pp. 249-252. También CORCUERA, Javier: *Orígenes, ideología y organización del nacionalismo vasco (1876- 1904)*, Madrid, Siglo XXI, 1979 (reeditada como *La patria de los vascos*, Taurus, Madrid, 2001).



Indalecio Prieto en una de sus numerosas campañas electorales durante la República.

conservador¹²¹. Dentro de este discurso etnicista que llamaba al rechazo general de los “despreciables maketos”, el inmigrante –que era tanto como decir el obrero–, representaba el mal, la inmoralidad, el delito, la enfermedad, era el responsable último de la profunda transformación que estaba experimentando el país. Unos trabajadores que, además, se estaban organizando en torno a un movimiento ideológicamente hostil y que estaban protagonizando conflictos sociales desconocidos hasta entonces. De este modo, el antiespañolismo, un tanto indefinido, tomaba cuerpo dando lugar a la reacción de una clase media, claramente conservadora frente a la ruptura de la paz social que representaban los trabajadores inmigrantes, y por extensión, su organización más importante, la socialista. Los textos, en este sentido, son numerosos y muy ilustrativos. Javier Corcuera, uno de

121. Véase a este respecto RIVERA, Antonio: *Señas de identidad. Izquierda obrera y nación en el País Vasco, 1880-1923.*, Madrid, Biblioteca Nueva, Instituto de Historia Social Valentín de Foronda, 2003, p. 49 y para los orígenes del nacionalismo SOROZÁBAL, Juan José: *El primer nacionalismo vasco. Industrialismo y conciencia nacional*, San Sebastián, Haranburu, 1979.

los estudiosos más destacados sobre los orígenes del nacionalismo vasco, ha aportado algunos de los más expresivos, que resumen el pensamiento político de los primeros nacionalistas y sobre todo, la percepción que tenían de los socialistas como responsables de la alteración social y del deterioro de las costumbres tradicionales que habían definido al país.

A principios de siglo Arturo Campión afirmaba en una conferencia ofrecida en Bilbao lo siguiente:

“Entre el genio vasco y el socialismo media repulsión absoluta e irreductible. Así se explica que los propagandistas, los fautores y los secuaces de esas ideas, oprobio de Bizkaya, sean los advenedizos, los nómadas de la inmigración servil. Esta es la última invasión del extranjero que padecemos. Y de igual suerte que atentan a la pureza de nuestra raza y a la integridad de nuestra fisonomía castiza con sus oleadas de detritus étnicos, masa híbrida de celtas bastardeados, de latinos decadentes y de moros corrompidos, todavía pretenden, señores, causarnos un daño mayor, envenenarnos las almas, con un grosero ideal, propio de envidiosos esclavos¹²².

Si no habría (sic) maketos en Bizkaya no habría huelgas se afirmaba en el Abarri de agosto de 1906. El socialismo en Bilbao más que escuela económica es un partido político ateo, más que “lucha de clases” practica “la lucha de razas”, se publicaba en Bizkaitarra en febrero de 1911”.

Como ha comentado Antonio Rivera, en un principio los socialistas consideraron al movimiento impulsado por Sabino Arana más como una extravagancia que como un futuro competidor electoral. En realidad, durante estos primeros años, eran los republicanos quienes más preocupaban a los socialistas, los que disputaban el voto de los trabajadores. Sin embargo, el primer éxito electoral de 1898 en el distrito de Bilbao cambió esta percepción. El socialismo vizcaíno fue, en este sentido, profundamente antinacionalista. El tono de los numerosos artículos de la *Lucha de Clases* refleja claramente este cambio bajo la dirección de Valentín Hernández, los artículos del “converso” Tomás Meabe y sobre todo, la incorporación al periódico de Miguel de Unamuno. Este último consideraba tanto al nacionalismo como al socialismo fuerzas paralelas, nacidas al mismo tiempo y producto de la industrialización de la ría bilbaína, pero su desarrollo tendría, como sabemos, un contexto más amplio que el local. Unamuno entendía que como contrarios que eran, un socialismo fuerte y con amplia base haría retroceder al nacionalismo vasco. Sin embargo, ambos movimientos extenderían sus respectivos espacios sociales, en parte, gracias a que rentabilizaron las reacciones contrarias que provocaron. La elección de Sabino Arana como diputado provincial en 1898 radicali-

122. Véase a este respecto CORCUERA ATIENZA, Javier: *Orígenes, ideología y organización del nacionalismo vasco, 1876-1904*, Madrid, Siglo XXI de España Editores, 1979, p. 260.

zó aún más las críticas de los socialistas, que seguían de algún modo la pauta que había marcado con su prosa demoledora, Miguel de Unamuno. Para este último los “bizkaitarras” representaban al sector más rancio, tradicional y reaccionario de las clases medias, cuyas ideas debían ser combatidas con andanadas de racionalidad. En cualquier caso, como ha apuntado Antonio Rivera, probablemente estas campañas expresadas a través de la *Lucha de Clases* quedaron al margen de los obreros socialistas, más preocupados por otras cuestiones mucho más inmediatas y tangibles que por las disquisiciones filosóficas de Unamuno o los particulares ajustes de cuentas del exnacionalista Tomás Meabe. Pero lo cierto es que el anti-nacionalismo de los socialistas vizcaínos formó parte de sus particulares señas de identidad. Y en muchas ocasiones lo hicieron de la manera más beligerante, cargando contra aquellos elementos, también simbólicos e identitarios, que más apreciaban los nacionalistas, como el euskera, o el Árbol de Guernica, ridiculizado por algunos socialistas con términos tan despectivos como el “alcornoque” o el “leño”, llegando a pedir incluso su derribo¹²³. En realidad estos ataques no denotaban únicamente una falta de sensibilidad hacia determinados símbolos autóctonos, sino un rechazo frontal contra la gestión institucional que de ellos se hacía por una clase social que les negaba derechos políticos y sociales.

Uno de los socialistas más combativos contra el nacionalismo fue precisamente, como hemos comentado, un antiguo nacionalista, Tomás Meabe, al que el propio Sabino Arana había encargado en su momento el estudio del ideario socialista. Pese a ello, nunca fue un teórico. Como ha destacado Juan Pablo Fusi, la verdadera significación de Meabe, que al poco de ingresar en el PSOE pasó a dirigir la *Lucha de Clases*, radicó en el hecho de haber sabido expresar los deseos de renovación que alentaban los elementos jóvenes del PSOE. Desde la dirección de este periódico arremetió contra sus antiguos correligionarios, y contra los principios sobre los que se sustentaba el nacionalismo –la religión y la patria– con la furia de un converso¹²⁴, acusándoles de justificar la violencia en defensa de la patria, negando la geografía, el sentimiento, el carácter y el concepto de historia sobre el que aquélla se sustentaba. Meabe, además, criticará duramente “la ignorancia de los nacionalistas vascos hacia los problemas contemporáneos de la región” y sobre todo, el desprecio de muchos vascos, especialmente de los nacionalistas, con respecto a los trabajadores inmigrantes: “se les insulta y colma de improperios: son invasores, son pérfidos, son vagos, son maquetos... Llegáis a burlaros de su pobreza”, llegará a afirmar¹²⁵. Frente a todo ello Meabe contraponía un socialismo sin patrias, internacionalista, enemigo de la violencia, inspirado en los sentimientos de la fraternidad humana. Además incorporó un ataque radi-

123. No fueron éstos los únicos elementos simbólicos y culturales ridiculizados por los socialistas. A ellos habría que sumar otros como la conocida Marcha de San Ignacio o el Mito de Jaun Zuría.

124. Tal y como destaca MIRALLES, Ricardo: “El socialismo vasco en tiempo de Tomás Meabe”, en conferencia en la Sociedad el Sitio, de Bilbao, 11 d diciembre de 1990, texto mecanografiado, cedido amablemente por el propio autor.

125. *Ibidem*.

cal contra la religión católica, especialmente a partir de comienzos de 1903, cuando los nacionalistas vascos pasaron a colaborar con otras fuerzas políticas católicas, impulsando una dura campaña anticlerical, que contó con numerosos adeptos, y que sin embargo, provocó también importantes desencuentros entre los socialistas.

Los enfrentamientos entre nacionalistas y socialistas no se limitaron únicamente al terreno de los panfletos políticos, los artículos de prensa o la confrontación electoral. También se trasladó en muchos casos a los aspectos de la vida cotidiana, en los ámbitos de sociabilidad, pero no en aquellos propios de cada partido, lógicamente, sino en aquellos otros “comunes” donde compartían espacio como los bailes y los romerías; aquéllos donde se ponía de manifiesto de forma palpable la diferente forma de entender las relaciones sociales y la fiesta, como ha destacado Rafael Ruzafa¹²⁶ en su estudio sobre las romerías vizcaínas de la segunda mitad del siglo XIX.

Las señas de identidad, los símbolos y la iconografía de los socialistas, respondían, como en el caso de los nacionalistas, a su propia forma de ver e interpretar el mundo. En aquellas zonas afectadas de un modo más importante por la inmigración obrera se vivió el retroceso de formas y pautas culturales autóctonas frente a la irrupción y el desarrollo de otras de carácter español. La progresiva proletarización incidió directamente en este proceso, donde los componentes religiosos de las fiestas se fueron perdiendo – o simplemente se fueron supeditando – a los profanos y lúdicos. En los espacios festivos comenzaron a proliferar los bailes “agarraos”, para escándalo de los nacionalistas, y de los conservadores en general, *defensores del chistu, el tamboril, el auresku y los bailes a lo suelto*, escenificando de algún modo la convivencia de “dos culturas en tensión”.

Pero esta situación no fue igual en todos los lugares, la relación entre nacionalistas y socialistas, y especialmente el discurso que estos últimos desarrollaron, sobre todo fuera del ámbito vizcaíno, adoptó otro tono, que sin dejar de ser también antinacionalista, como ha puesto de relieve Antonio Rivera, añadió nuevos matices dignos de ser destacados. Eibar fue, sin duda especial, también en este caso. El socialismo eibarrés, formado sobre una tradición muy diferente de la vizcaína, a pesar de la estrecha relación entre los socialistas de Bilbao y los de la villa armera¹²⁷, confirió sin embargo, un carácter propio a este socialismo. Una de las peculiaridades más específicas se centró en su estrecha vinculación con algunas de las más destacadas señas de identidad vascas, como el euskera, a través de su

126. RUZAFÁ, Rafael: “Las romerías en Vizcaya en la segunda mitad del siglo XIX: contrastes y cambio social”, en RUZAFÁ, Rafael: *Vizcaínos rurales, vizcaínos industriales*, Baracaldo, Ediciones Librería San Antonio, 2002, pp. 49-84.

127. De hecho, destacados propagandistas vizcaínos, perseguidos o desterrados de la capital, terminaron recalcando en Eibar (desde José Beascochea, primer presidente de la Agrupación Socialista de la localidad, hasta Valentín Hernández, director de la “Lucha de Clases”, el propio Tomás Meabe, o el doctor Madinabeitia, un oñaitarra de origen, forjado en los conflictos y las huelgas bilbaínas,

versión local, abierta a las novedades, al margen de su procedencia. Ahora bien, esta posición, mucho más integradora y flexible que la de los socialistas vizcaínos, no evitó que también sus miembros más destacados censurasen abiertamente, como en el caso de Gregorio Pagnón, la instrumentalización que a su juicio los nacionalistas hacían del idioma¹²⁸.

Sin lugar a dudas fue Toribio Echevarría, junto con otros destacados miembros del socialismo vasco, como Madinabeitia, quienes representarían de algún modo, y con todas las matizaciones que hemos introducido, el ala más *vasquista* de socialismo vasco. Una posición muy diferente a la mantenida por el socialismo vizcaíno, que en 1918 por boca de Felipe Carretero pedía en Bilbao que frente al “Gora Euskadi” de los nacionalistas, se gritase el “Viva España”, mientras las Juventudes Socialistas de Eibar distribuían unos folletos en euskera en las que se podía leer: *Gora Euskadi eta/gora mundu guztian/bere izardiak/bizi dangentia*. La iniciativa causará estupor al *Obrero Vasco*, órgano de Solidaridad de Trabajadores Vascos, que con ironía escribirá lo siguiente:

“pronto tendremos 49 clases de socialismo diferentes en la Península Ibérica. Los de Madrid son antinacionalistas y antiburgueses, los de Bilbao, en cambio, antivascos, y en Eibar gritan Gora Euskadi”.

Como recuerda Jesús Eguiguren, hacia finales de ese mismo año, José Madinabeitia afirmaría en “La Lucha de Clases” la existencia de una nación vasca y la necesidad de crear una Federación de Nacionalidades Ibéricas, lo que daría lugar a la contestación de algunos dirigentes de la agrupación de Bilbao, encabezados por el ya citado Felipe Carretero, reafirmando la incompatibilidad entre el nacionalismo vasco y el socialismo.

En una línea similar a la de José Madinabeitia, se expresaría Toribio Echevarría en un conocido folleto publicado en noviembre de 1918, titulado “La Liga de Naciones y el problema vasco”, donde apostaba por un acercamiento de los socialistas a la cuestión nacional. En todo caso, el contenido del folleto debe ser interpretado dentro de un determinado contexto, que coincide por un lado con el ascenso del nacionalismo vasco y con la propuesta del presidente Wilson para la creación de la Sociedad de Naciones al finalizar la Primera Guerra Mundial¹²⁹. El texto reflejaba una sensibilidad hacia el problema nacional, superando las posiciones tradicionales del PSOE en esta materia; una respuesta que partía del reconocimiento de que era preciso esforzarse por adoptar una postura clara frente a esta

128. ECHEVARRÍA, Toribio: *Viaje por el país de los recuerdos*, pag. 26.

129. Como es sabido, entre las propuestas del proyecto se encontraba el derecho de la autodeterminación de las nacionalidades, lo que, a nivel internacional, levantó la esperanza de aquellas naciones que aspiraban a la soberanía. El folleto de Toribio Echevarría salía a la luz en tal contexto, cuando, paralelamente, las Cortes debatían en España un Estatuto de Autonomía para Cataluña. En diciembre de aquel mismo año, se celebraron en diversas localidades del País Vasco reuniones de Ayuntamientos para solicitar la derogación de la Ley del 25 de octubre de 1839. Véase a este respecto EGUIGUREN, Jesús: *El socialismo vasco y la izquierda vasca, 1886-1994*. Madrid: Ed. Pablo Iglesias. 1994 pp. 27-34.

cuestión. Echevarría argumentaba que el socialismo no había dado una respuesta frente a los emergentes “nacionalismos ibéricos”. Tras aludir a los antecedentes históricos sobre la posición socialista en esta cuestión, entre ellos el ofrecido por el PSOE a la independencia de Cuba, Toribio Echevarría señalaba, por ejemplo, la campaña del nada sospechoso Tomás Meabe para la recuperación del Gernikako Arbola, como *himno nuestro*, y donde reivindicaba también el “espíritu democrático, liberal y autonómico de nuestras viejas instituciones”. La reintegración foral no debía significar a su juicio la vigencia de la antigua legislación, “sino el restablecimiento o restitución a favor de este país de aquellas facultades legislativa, ejecutiva, judicial y administrativa que gozó hasta la abolición de los Fueros. Lo que significa su plena soberanía política”.

Toribio Echevarría planteaba también qué tipo de relaciones debía establecer la nacionalidad vasca “con otros pueblos de la Península”. Ello no quiere decir que apostase por la independencia, a la que consideraba contradictoria con los históricos vínculos que habían unido al País Vasco con España. Muy al contrario, desde una visión universalista y cosmopolita del socialismo vasco, apostaba por una confederación con los restantes pueblos de la Península, incluida Portugal, para formar la Confederación de Nacionalidades Ibéricas¹³⁰.

A pesar de todo, no se puede afirmar que el socialismo guipuzcoano, y especialmente el eibarrés fueran más “nacionalistas” que el vizcaíno. Algunos autores ponen incluso de relieve cómo, lejos de ello, el socialismo guipuzcoano fue de hecho, tan antinacionalista como aquél¹³¹. En realidad, tampoco los seguidores de Sabino Arana durante estos primeros años constituían un rival de entidad para ellos –al menos hasta 1918– y este aspecto condicionó su propio desarrollo ideológico. Eran los republicanos, herederos de la tradición liberal local, con unas fuertes bases sociales y políticas quienes disputaban a los socialistas buena parte de su electorado. No fue casual que estos últimos se reivindicasen a sí mismos como los auténticos y únicos federalistas, en la línea de los republicanos catalanes. En este sentido, su posición frente a la denominada cuestión nacional respondía a tres argumentos centrales: primacía a la lucha contra la tiranía y la desigualdad –que podía incluir situaciones que afectasen a lo nacional–, la rotundidad en las afirmaciones sobre el derecho a la libertad de los pueblos y la defensa de la fraternidad universal y el antibelicismo. Todos estos argumentos estarían presentes, como ya hemos podido constatar, en las intervenciones y en el discurso de Toribio Echevarría.

130. “Si llega la ocasión, y debemos desear que llegue, debemos dar nuestro voto por que se resuelva el problema vasco a base de una amplia autonomía y aún a base del Estado [...]. Si consiguiéramos resolver en esta crisis el problema vasco y el de la República por la Federación Ibérica, nos encontraríamos de lleno, desbrozado el suelo, sobre el terreno de nuestra lucha de clases –la de los trabajadores y los detentadores del patrimonio social–, donde han de darse las grandes batallas en pro de la justicia social”. Véase a este respecto ECHEVARRÍA, Toribio: *La liga de Naciones y el problema vasco*, Eibar, Casa del Pueblo, 1918, y *Viaje por el país de los recuerdos*, San Sebastián, Ayuntamiento de Eibar, 1990 (original de 1968).

131. Por mucho que en las celebraciones socialistas de Eibar (como ocurrió, por otra parte en otros lugares, como San Sebastián o Bermeo), incorporasen a sus fiestas el auresku o el zortziko.